

CRECIMIENTO Y DESARROLLO ECONÓMICO: ¿UNA «DUMMY» AFRICANA?

Carlos Oya

Introducción

Los medios de comunicación infaliblemente presentan una imagen desoladora de África¹ y especialmente de su situación económica. La atención se centra en situaciones de conflictos, hambrunas, miseria extrema, migraciones a la desesperada y enfermedades, que inducen a que la opinión pública asocie «África» con estos fenómenos. Robert Guest, ex editor de la revista *Economist* para la zona África, comenta (Guest, 2004, p. 2) que al releer el borrador de su libro reconoce que se ha dejado las cosas «positivas» como «la bondad de la gente; su pasión por la vida; la alegría de la rumba congoleña; la puesta de sol sobre el delta del Okavango; etcétera». Por supuesto, esta lista denota que nada tiene que decir de positivo sobre el desarrollo económico y social en África. Hancock (1989), uno de los más acérrimos críticos de la industria de la cooperación al desarrollo, no ahorra epítetos para describir la «tragedia africana» y los efectos desastrosos de la ayuda internacional. Llega a concluir su diatriba afirmando que tras perder su «autosuficiencia alimentaria», África «se ha convertido en un mendigo de tamaño continental, dependiente sin esperanza de la esplendor de agencias externas», donde «siete de cada diez africanos son, además, considerados en estado de carencia total o casi de pobreza extrema» (Hancock, 1989, pp. 191-192)². Kaplan (1996), frecuentemente leído y citado por conservadores, no dejaba mucho lugar a la esperanza cuando comentaba sobre la futilidad de los esfuerzos que se hacían para traer paz y democracia a Liberia o Sierra Leona y afirmaba que cada vez «más Estados del Tercer Mundo de los que puedan ser manejados por elites occidentales en ministerios de asuntos exteriores o en la ONU están en un proceso de descomposición lenta»³.

¹ En este capítulo utilizamos el término África o AS para referirnos a África Subsahariana.

² La única fuente que cita Hancock ni da estas valoraciones ni presenta datos fiables sobre pobreza. De hecho, en el momento en que Hancock escribía, era aún imposible, por falta de datos, establecer la proporción de «africanos» que vivían en estado de «pobreza extrema».

³ Véase Sender (1999) para más ejemplos de citas apocalípticas.

Revistas especializadas como el *Economist* también se han caracterizado por presentar una imagen pesimista del comportamiento de las economías africanas y centrarse en la mala gobernanza y la presencia excesiva del Estado en la economía como los factores explicativos principales. No obstante, el *Economist* no deja de emitir juicios inconsistentes sobre el estado de la economía en «África», tal como sugiere Arrighi (2002, p. 10), pues fácilmente pasa del optimismo a las visiones más espantosas según la noticia del momento y especialmente según si los protagonistas son representantes del sector privado «vibrante» o agentes del «Estado depredador».

Antes de continuar, conviene hacer una distinción importante. Una buena parte de la literatura más «pesimista» se limita a analizar el periodo de los últimos 25 años, más concretamente el periodo 1979-2000, cuando se dice que «África permanece hundida en una crisis económica a pesar de dos decenios de esfuerzos de reformas patrocinadas por gobiernos donantes» (Van de Walle, 2001, p. 3). Sin duda, las expresiones más pesimistas desde posiciones de izquierda se centran en este periodo, por coincidir con el del ajuste estructural y la liberalización económica (Arrighi, 2002; Leys, 1996). El problema es que estos análisis obvian de alguna manera la *longue durée* y olvidan las trayectorias históricas que llevaron a varios países africanos a adoptar este tipo de reformas durante este periodo aunque, es preciso recordar, en momentos concretos y circunstancias variadas. Es evidente que el periodo 1979-2000 fue especialmente decepcionante y hay sobradas razones para ello, pero, como argumentaré en este capítulo, no se pueden extrapolar estas experiencias para negar la diversa realidad económica del continente y los avances alcanzados en los últimos cien años.

Sin duda, sin dejar de reconocer la gravedad de la situación económica actual de muchos países africanos (en términos comparativos al resto del mundo), la imagen predominante se debe al tipo de cobertura mediática y a los escasos recursos (especialmente datos estadísticos de calidad) disponibles para investigaciones rigurosas e *independientes*. La literatura económica y académica convencional, e incluso la heterodoxa, no ayuda mucho en la tarea de presentar una imagen menos exagerada y distorsionada de la situación económica y política. De hecho, la contribución más sonada de la literatura económica convencional es el descubrimiento de la «*dummy* africana». Artadi y Sala-i-Martin (2002), *gurús* de la economía empírica del crecimiento, se refieren a la «tragedia africana» y, tomando la «*dummy*» africana como punto de partida intentan explicar en qué aspectos África es «diferente». Muchos otros, desde perspectivas ideológicas distintas, usan el mismo término: la «tragedia africana»⁴. La sección siguiente se encarga de definir en qué consiste y los argumentos que se han barajado para fundamentar su existencia.

En este capítulo se define lo que se entiende por «*dummy*» o «tragedia africana» en materia de crecimiento económico, evalúa críticamente la base empírica de dicha tesis y examina las disparatadas explicaciones que se han barajado para explicar la «tragedia africana» en forma de «*dummy*» estadística. Veremos algunos estudios más respetuosos de los análisis históricos, que han dado algo de más luz sobre algu-

⁴ Easterly y Levine (1997, p. 1203), en un famoso artículo, definen la «tragedia» como «potencial desaprovechado, con consecuencias desastrosas».

nos de los factores estructurales comunes a muchos países africanos, que los diferencian de otras regiones con trayectorias diferentes (especialmente Asia), pero que dejan de lado la explicación de la variedad de experiencias dentro de la propia África. A continuación, se plantean formas diversas de interpretar los datos de crecimiento económico más aceptables para series históricas de largo plazo, en un intento de superar las visiones esencialistas y ultrapesimistas. Además de examinar las varias tendencias desde el muy largo plazo y en relación con el resto del mundo, la sección se dedica a explicar y contrastar aceleraciones y episodios de crecimiento sostenido (algunos de los cuales se han calificado de «milagros» y que contradicen la imagen de «tragedia») con ejemplos de retrocesos y crisis significativas. Los ejemplos presentados sirven para ilustrar brevemente parte de la diversidad de las trayectorias económicas, que desafían toda generalización. Finalmente, terminamos reforzando esta idea con una mirada a la realidad del progreso social y su relación con las tendencias de crecimiento económico analizadas anteriormente, así como las dinámicas de cambio social y político, que quedan con frecuencia oscurecidas por análisis econométricos de despacho.

¿Qué es la «dummy» africana?

La *dummy* africana⁵ aparece explícitamente por primera vez en el famoso trabajo de Barro (1991) sobre crecimiento económico. En este estudio, tras analizar varios factores explicativos, la *dummy* geográfica de «África» es valorada como significativa y negativa, así como la *dummy* de América Latina⁶. La metodología de Barro ha sido utilizada extensivamente por un gran número de economistas y econométricas, especialmente Sala-i-Martin. Consiste básicamente en la aplicación de algunos aspectos de la teoría de crecimiento endógeno, con vistas a identificar los principales determinantes del crecimiento, así como los procesos de convergencia o divergencia entre países. Buena parte de la literatura sobre convergencia mundial y distribución mundial de la renta se basa en esta clase de análisis econométricos, unas veces con datos de panel y más a menudo simplemente con datos de sección cruzada, esto es, datos de crecimiento económico en términos medios para una muestra de países. La mayor parte de los estudios que identificaron una «*dummy* africana» contenían muestras limitadas de países africanos, generalmente para el periodo 1965-1990⁷, precisamente uno de los periodos en que muchas economías africanas crecieron a ritmos inferiores al resto del mundo (pero en muchos casos *crecieron*), como mostramos con detalle en la sección

⁵ *Dummy* es el término utilizado para variables dicotómicas que adquieren el valor 0 o 1 para caracterizar a una serie de datos. En las regresiones de crecimiento las unidades de análisis son países. Por tanto la *dummy* africana es una variable que lleva valor 1 en el caso de los países del AS y 0 para el resto del mundo. Si esta variable es estadísticamente significativa, una vez otros factores son considerados, la interpretación es que el mero hecho de ser país africano explica parte de la variación de tasas de crecimiento independientemente de otros factores (capital físico y humano, condiciones iniciales, productividad factorial, etcétera).

⁶ El periodo analizado se limita a 1960-1985 y no todos los países africanos se incluyen por falta de datos.

⁷ Véase cuadro 1 en Collier y Gunning (1999b, p. 65).

siguiente a ésta⁸. Entre ellos, Easterly y Levine (1997) reavivaron el debate con el término «la tragedia del crecimiento de África»⁹.

En general, uno de los problemas principales de estas hipótesis reside en la metodología utilizada para llegar a las conclusiones sobre determinantes de crecimiento a escala mundial. Las regresiones de sección cruzada con muestras diversas de países (según disponibilidad de datos) tienen varios defectos, que se han tratado extensamente en la literatura sobre crecimiento. Kenny y Williams (2001), por ejemplo, demuestran de manera muy clara que buena parte de la literatura econométrica sobre crecimiento económico es profundamente ahistórica y simplifica en exceso las causas del crecimiento, en sí un proceso muy complejo, lo que desemboca en sesgos estadísticos de difícil corrección. De hecho, la mayoría de los economistas que se lanzaron al «descubrimiento» de la *dummy* africana en realidad no eran especialistas en África, apenas conocían la historia y las especificidades del continente y trataban a los países como «observaciones» en una base de datos. Además, existen innumerables problemas técnicos como el efecto de *outliers*, la endogeneidad de las variables, causalidad inversa, errores de medida, variables omitidas, entre otras, que hacen que pequeños cambios en la muestra de países, periodos y especificaciones econométricas tiendan a modificar sustancialmente algunas conclusiones (Rodrik, 2005, p. 2). Rodrik (2005) también demuestra convincentemente que las regresiones econométricas que relacionan el crecimiento con indicadores de *política económica* (e.g. Barro, 1991 y Easterly y Levine, 1997) son metodológica y empíricamente falaces, pues las políticas económicas responden a la vez a objetivos políticos y económicos y son intrínsecamente endógenas. Por otro lado, la mayor parte de los estudios que intentan explicar la «*dummy* africana» lo hacen con recurso a una lista de *dummies ad hoc* o variables «instrumentales» de dudosa validez empírica, como las referidas al pasado colonial, la incidencia de la malaria, la salida al mar o no, entre otras, que supuestamente son indicadores apropiados de esas dimensiones del desarrollo (historia y geografía).

Lo más preocupante de este género de estudios, que han alimentado el reciente afro-pesimismo con estadísticas dudosas, es la interpretación de los resultados econométricos obtenidos y las explicaciones que se han ido adelantando para explicar qué hay detrás de la famosa «*dummy* africana». Las explicaciones se pueden clasificar alrededor de dos criterios: (a) si se derivan de políticas (acciones del gobierno) o de factores exógenos fuera de control (destino), y (b) si se trata de factores internos o externos, lo que da lugar a cuatro conjuntos de factores –políticas internas, exter-

⁸ Si hubiera una serie de datos continua desde 1870, por ejemplo, probablemente la «*dummy*» africana perdería significación estadística.

⁹ Un estudio más reciente, que utiliza una variante econométrica algo diferente, sugiere que un error de los estudios que identifican la *dummy* africana reside en utilizar a África o agrupaciones geográficas como unidad de análisis para estudiar procesos de crecimiento (Paap *et al.*, 2005). Así Paap *et al.* (2005) plantean que los datos revelan que un grupo de economías, cuyo crecimiento es consistentemente más lento, incluye a 26 países africanos, al que se podrían añadir países de otros continentes con características y trayectorias semejantes. En cambio, por lo menos ocho países africanos deberían clasificarse junto con otras economías de más rápido crecimiento en Asia y América Latina. Por tanto, estadísticamente la *dummy* africana no se sostiene como unidad geográfica.

nas, factores exógenos (destinos), internos o externos (Collier y Gunning, 1999a, p. 6)¹⁰. Así, diversos estudios econométricos han intentado establecer la importancia relativa de estos factores para ofrecer diagnósticos del lento crecimiento económico africano. La tendencia ha sido la de atribuir una importancia muy especial a factores singulares, que parecen ser la llave para entender el subdesarrollo relativo en África. En parte esto es un resultado de la propia metodología antes comentada, que tiende a analizar los efectos de cada factor por separado, sin prestar atención a la importancia de las interacciones. El problema es que las interacciones tampoco se pueden limitar a unos pocos pares de factores sino que deberían incluir interacciones complejas entre varios factores, pero éstas no se pueden analizar con las metodologías de regresiones de sección cruzada.

Entre los factores «singulares» más citados destaca la geografía como «destino» o factor exógeno (Bloom y Sachs, 1998). Este trabajo ha cuestionado el papel de otras «varitas mágicas» como la liberalización económica, la democratización, la «buena» gobernanza, o los derechos de propiedad privados, poniendo en su lugar más acento en las desventajas estructurales (por geográficas o demográficas) que han ralentizado, históricamente, el crecimiento en África (Sachs, 2005, pp. 309-321). Se plantea que la «*dummy* africana», o, en general, el crónicamente lento crecimiento económico se explica en gran medida por condiciones geográficas, como la fuerte concentración de países de condiciones geográficas tropicales¹¹ y/o sin salida al mar, unidas a las muy bajas densidades demográficas y escasa incidencia de aglomeraciones de población¹². El problema esencial de esta hipótesis, además de la validez de los indicadores utilizados y el hecho de que la nación-Estado como unidad de análisis sea problemática para estas variables, es el asociar analíticamente este «destino» a un resultado económico a largo plazo. El otro problema es que este tipo de correlación simultánea (y entre países de niveles de desarrollo diferentes) no establece ninguna causalidad, por lo que las interpretaciones suelen ser bastante absurdas, como que el estar «cerca del Ecuador» o en zonas tropicales acarrea condiciones de salud y climáticas que no inducen al desarrollo económico¹³. Sin duda, a pesar de la correlación encontrada (que

¹⁰ Sin embargo, la hipótesis central de Barro (1991) era que la variable «África» probablemente reflejaba las diferencias en capital humano, que no podían captarse con los indicadores de educación utilizados.

¹¹ La geografía tropical se presupone asociada a una mayor morbilidad (proliferación de enfermedades tropicales que aumentan la mortalidad y pérdida de productividad de los trabajadores) y a suelos de escasa fertilidad. En algunos estudios (Price, 2003) se llega a plantear que la «tropicalidad» asociada a las enfermedades que frenaban los asentamientos de colonos llevaría a un tipo de colonización basada en la extracción de recursos minerales o naturales, sin transformaciones sociales, con la consiguiente formación de instituciones autóctonas alrededor del modelo extractivo. Es decir, la hostilidad del medio natural africano explicaría en gran medida la *dummy*, observada a través de su efecto sobre el tipo de colonización. Extendiendo esta interpretación de un cuadro econométrico al surrealismo se podría recomendar que ¡las banderas de los Estados africanos más tropicales llevaran como emblema un mosquito portador de malaria!

¹² Bloom y Sachs (1998) estiman que casi un 80% de la diferencia entre el crecimiento medio en África Subsahariana y el del resto de países en desarrollo se debe a este tipo de variables, mientras que las variables de políticas económicas y gobernanza apenas explican el 20% de estas diferencias.

¹³ Este tipo de explicaciones deterministas eran típicas de los informes coloniales o de exploradores, tanto en África como en Asia, que intentaban justificar la expansión colonial occidental con base en supuestos racistas

tampoco dice mucho de en qué grado explica la variación de tasas de crecimiento), es fácil encontrar varios ejemplos que contradicen la relación. Un país que se adecua precisamente a esta descripción es el «milagro» más sonado del continente, Botsuana, sin salida al mar, en zona subtropical y, para colmo, con una gran proporción del territorio en pleno desierto. Asimismo, es posible encontrar muchos países tropicales en África cuyo comportamiento económico ha sido muy diferente (comparen Costa de Marfil con Liberia o Togo), así como muchos países del Sudeste asiático con características geográficas semejantes y trayectorias económicas muy diferentes. Pero lo más absurdo es que no existe ninguna implicación en términos de política económica que sea razonable¹⁴. ¡De hecho, la implicación más obvia sería una huida masiva de la población de esos territorios o simplemente la invasión militar de otros países más alejados del Ecuador!¹⁵

El segundo conjunto de factores explicativos más citado es el de las variables relacionadas con la gobernanza, políticas económicas e instituciones. Aquí valen todo tipo de generalizaciones pero normalmente esta hipótesis plantea la debilidad estructural del Estado africano y su propensión al mal gobierno (corrupción) y a políticas «equivocadas» (Collier y Gunning, 1999a y 1999b). En algunos círculos este síndrome se explica en términos de prácticas «comunes» a las sociedades donde el poder y el Estado tienen un carácter patrimonial o donde el Estado (generalmente fruto de la relación entre África y el resto del mundo) es víctima de su «extraversión» secular¹⁶. Esta tesis explicaría por qué los gobiernos han escogido «políticas incorrectas» para el desarrollo de sus países. Existe cierta convergencia con las tesis «neoliberales» del informe de Berg (World Bank, 1981), que constituiría la base ideológica de los Planes de Ajuste Estructural (PAE) y que presentaba la crisis de finales de los 70 como la prueba de que la intervención estatal poscolonial estaba plagada de errores, aunque no se teorizaba sobre la naturaleza de las instituciones y Estados que subyacía a las «malas políticas»¹⁷. De hecho, la tesis neopatrimonial es mucho más pesimista que el diagnóstico del BM y del FMI (Arrighi, 2002). En estas interpretaciones es en general común culpar a las élites africanas (especialmente las que tienen acceso directa o indirectamente al poder del Es-

sobre los pueblos colonizados y explicaciones totalizantes (como el clima, la geografía o la cultura) de su relativo atraso económico. Un país que fue analizado a menudo en estos términos fue curiosamente Japón (véase Sachs, 2005, p. 316).

¹⁴ Desde luego el desarrollo de las infraestructuras, a menudo apuntado por Sachs como una opción esencial para reducir los altos costes de transporte típicos de África, es claramente importante, pero probablemente independientemente de la distancia del Ecuador o del cinturón tropical.

¹⁵ La idea de la invasión militar en clave humorística se la debo a HJ Chang que propuso, en un seminario en SOAS (13/03/2007), que los países tropicales invadieran Noruega para escapar a su destino geográfico.

¹⁶ Véase Medard (2002). Estas hipótesis, a pesar de citar numerosos historiadores, tienden a dejar en un plano secundario la gran diversidad de formas de Estados y formaciones sociales que la historiografía contemporánea ha conseguido desenterrar (literalmente gracias al papel de la arqueología) en este sentido. Véase la lúcida presentación de Parker y Lonsdale (2007, p. 27).

¹⁷ La obra de Bates (1981) ha sido frecuentemente citada como ejemplo de análisis de las instituciones y variables políticas que explican la tendencia de los Estados africanos a optar por «malas políticas». En cierto modo aplica un enfoque de elección racional aplicada al funcionamiento y motivaciones del Estado como agente histórico del desarrollo.

tado) de los males endémicos del subcontinente. Así, la *dummy* africana se explicaría por la tendencia patológica de los Estados africanos a seguir estrategias de extraversion y de extracción de rentas a corto plazo que ahondan las desconexiones entre los Estados, las elites que los sostienen y el resto de la sociedad «excluida». Se trata de una de las interpretaciones más atractivas porque lleva a un mensaje relativamente simple y se centra en manifestaciones relativamente visibles, lo cual explica la paradójica convergencia entre analistas de izquierda y conservadores a la hora de ofrecer este tipo de interpretación¹⁸. La interpretación liberal en boga plantearía que si se reforman o eliminan estas elites depredadoras y se reforma el Estado en dirección a un modelo Weberiano, el camino del crecimiento sostenido quedará abierto y las poblaciones podrán aprovechar su potencial, hasta ahora reprimido. Curiosamente, el propio Sachs (2005) ha sido uno de los más elocuentes en cuestionar esta hipótesis, porque no ayuda a explicar la importancia de las diferencias de las trayectorias de los distintos países y porque muchos de las características aparentemente endémicas de los Estados africanos, en este aspecto, son en realidad más bien generales de países pobres, no solamente africanos¹⁹. Mkandawire (2001) también ofrece un listado de las inconsistencias y falacias inherentes a estos planteamientos «antiestado» y «antielites», apuntando las especificidades de los ejemplos de «Estado desarrollista» *vs.* «neopatrimonial» en distintos países africanos. Leys (1996) va más allá y plantea que a menudo el problema no radica en la naturaleza y debilidad estructural de los Estados y gobiernos, sino más bien de las sociedades donde éstos históricamente se han formado.

Tercero, otros autores (Easterly y Levine, 1997) creyeron haber encontrado la clave en otra variable: la fragmentación etnolingüística, que supuestamente es peculiar de África. En cierto modo este «comodín» podía servir para introducir el aspecto de la mala herencia del periodo poscolonial de una forma velada (i.e. las fronteras fueron mal trazadas) pero en realidad se plantea como una faceta que distingue a las sociedades africanas de otras sociedades, supuestamente más homogéneas o cohesionadas (a pesar de las diferencias de lenguas y costumbres). Hay suficientes ejemplos dentro del continente y fuera de él que hacen cuestionar esta hipótesis *ad hoc*, que no está basada en un estudio riguroso e interdisciplinario del papel de la «etnicidad» (y su definición) en los cambios en relaciones sociales y en la dinámica de formación de Estados, y que tiende a asignar atributos naturales a categorías estadísticamente muy mal definidas, como los índices de fragmentación etnolingüística²⁰.

¹⁸ Arrighi (2002, p. 11), señala esta convergencia pero sostiene que los análisis de la izquierda, desde posiciones dependentistas, en realidad anticiparon los problemas relacionados con las elites africanas, mientras que las visiones neoliberales o de la «nueva economía política» de Robert Bates y otros neoinstitucionalistas planteaban la cuestión más bien *ex post*.

¹⁹ Khan (2005) plantea un argumento semejante pero mucho más sofisticado, en el que se desentraña la complejidad de la relación dinámica entre gobierno (o tipo de instituciones dominantes) y desarrollo económico. En este sentido Khan argumenta que la incidencia del clientelismo y las redes de patronazgo son un reflejo del nivel de desarrollo económico del país y de la base material de las relaciones sociales predominantes, y que la democratización (en sentido liberal) o la implantación de un Estado de tipo Weberiano no cambia estas estructuras y relaciones significativamente si no es a largo plazo y acompañadas de desarrollo económico sostenido.

²⁰ Véanse Cramer (2006, p. 104), Parker y Rathbone (2007, pp. 44-46).

En cuarto lugar, otra hipótesis explicativa de la *dummy* africana, avanzada por Acemoglu *et al.* (2000), incide en el papel de las instituciones y la continuidad de trayectorias históricas (*path dependency*), con especial interés en el tipo de pasado colonial. Así las variables *proxy* utilizadas reflejan básicamente el tipo de dominación colonial que, hipotéticamente, se reflejaría posteriormente en prácticas diferentes entre países, especialmente en políticas e instituciones que explicarían fenómenos como el estancamiento económico, la inserción dependiente o incluso la propensión al conflicto armado, una de las causas inmediatas de muchos de los «desastres» económicos africanos. No cabe duda de que el pasado colonial, en la medida en que refleja una historicidad de la evolución económica africana, debe tomarse en serio, pero la metodología usada para establecer tipologías fáciles es de dudosa fiabilidad y acaba casi en forma de argumento circular. El hecho de que un país fuera colonizado por Francia no lo diferencia necesariamente de un país que fue colonizado por otra potencia imperial. Basta comparar las trayectorias de Costa de Marfil y Senegal (ex colonias francesas) con las de Ghana y Malawi (ex colonias británicas), por ejemplo, o con Vietnam (francesa) y Papúa Nueva Guinea (británica). El nivel de desagregación necesario llevaría en última instancia a un análisis detallado de procesos históricos país por país, en los que la dominación colonial sería *uno* más entre varios factores.

A pesar de la popularidad de varias de las hipótesis presentadas arriba, cuya validez resulta muy dudosa, según hemos planteado, existen ideas alternativas. Collier y Gunning (1999b) sugieren que los análisis econométricos convencionales sobre la «*dummy* africana» en realidad no incluyen muchas variables de nivel microeconómico que, según ellos, probablemente explicarían buena parte de la «*dummy*». Pero esto es imposible saberlo porque no hay datos disponibles para este tipo de análisis de regresión cruzada. Por tanto, existe toda una serie de variables omitidas que probablemente hagan que los resultados arriba mencionados sean sesgados. Otros autores, como Arrighi (2002), dentro de la tradición de análisis neomarxistas sobre «sistemas mundiales», destacan la importancia de los factores externos y en qué medida los procesos de crecimiento y desarrollo del periodo poscolonial, hasta fines de los 70, eran insostenibles, en vista de la vulnerabilidad de sus modelos de inserción internacional y la excesiva dependencia del exterior, a través de la ayuda internacional o la creación de deuda externa. Arrighi (2002) menciona especialmente tres factores que diferenciaban a los países del África Subsahariana (y en parte también de América Latina) de aquellos que en Asia siguieron una evolución muy diferente a partir de 1980. Primero, la relativa escasez de mano de obra y diferente dotación de recursos en África comparada con Asia, que ya subyacía a las prácticas habituales de movilización forzada del trabajo, desde la esclavitud, muy presente en varias formaciones sociales africanas precoloniales, a otras formas de trabajo forzado, también practicadas con asiduidad durante la época colonial. Este factor también explicaría la predominancia del sector extractivo en la penetración del capitalismo en muchos países subsaharianos, a diferencia de una mayor presencia industrial (intensiva en trabajo) en aquellos países que ofrecen importantes reservas de mano de obra barata, formada y relativamente aglomerada en zonas de alta densidad demográfica (Asia Oriental). Segundo, los obstáculos al desarrollo del espíritu emprendedor y de negocios, en parte por las políticas

coloniales deliberadas que tendían a cerrar el paso a potenciales emprendedores africanos, en beneficio de los extranjeros. Tercero, el legado de la época precolonial y colonial, que dificultó la articulación de Estados y espacios nacionales integrados y viables, a diferencia de Asia Oriental y Meridional donde los Estados-nación tenían una larga historia de articulación y consolidación interna.

Sin duda, el primer factor está en parte relacionado con la tesis de Sachs sobre la importancia de las variables geográficas, pero se centra más concretamente en la dotación relativa de fuerza de trabajo y tierras y la baja densidad demográfica, que efectivamente sí contrasta a África con Asia, pero que no constituye necesariamente un destino natural o universal²¹. Karshenas (2001) demuestra también que el primer factor estructural (baja densidad demográfica, excesiva dispersión de la población y por tanto escasez relativa de mano de obra), consistente con el predominio de una agricultura de pequeña escala relativamente poco productiva (con escaso aporte de capital) y unido al bajo nivel de educación en términos comparativos, explica en buena medida los límites a la industrialización en buena parte del AS y su desfase con respecto a Asia.

Algunas de estas hipótesis, derivadas de estudios más cuidadosos de la historia y las características estructurales de países del AS, tienen el mérito de permitir comparaciones más rigurosas y de explicar *algunas* de las diferencias históricas del crecimiento económico entre regiones diversas del mundo en desarrollo, desde los años 50 y anteriormente. Sin embargo, no dejan de basarse en hechos excesivamente «estilizados» (y generalizaciones) que tienden a obviar la variada realidad económica, social y política que podemos encontrar en África. Lo que importa destacar aquí es que, además de buscar algunos factores «comunes», es necesario también investigar el porqué de las diferencias de las trayectorias, tanto entre países como dentro de los mismos, es decir, analizar los factores que explican el desarrollo muy desigual y cambiante que uno puede observar en África a largo plazo. La vulnerabilidad y fragilidad de muchas economías africanas se reflejan precisamente no sólo en el lento ritmo de crecimiento sino sobre todo en la volatilidad del mismo.

En este sentido, nos atreveríamos a decir que buena parte de la literatura económica y econométrica que se ha generado en torno a la «*dummy* africana» ha sido un despilfarro intelectual, que ha consumido esfuerzos necesarios para análisis más históricos, contextualizados y respetuosos de la diversidad del continente y su *longue durée*. Este infeliz punto de partida ha desembocado a menudo en la búsqueda de explicaciones fáciles a problemas históricos complejos, sobre los que ni siquiera hay consenso, especialmente por parte de economistas que poco conocen de las varias «Áfricas», más allá de los datos publicados en las bases de datos del Banco Mundial. Se trata de una falacia común en la economía aplicada del desarrollo, que Adelman (2001) ha apuntado como la fe en los factores explicativos singulares o lo que otros han llamado también las «balas mágicas» –*magic bullets* (Easterly, 2001).

²¹ De hecho estas dotaciones relativas pueden ir cambiando con el crecimiento demográfico y los cambios en las relaciones de producción que tienen lugar en muchas partes del continente.

Variaciones, milagros y desastres: contrastes de crecimiento y desarrollo económico en África

Ante los argumentos esgrimidos en la sección anterior una respuesta inicial al afropesimismo resultante de la *dummy* africana podría ser que la base empírica que los sustenta es poco fiable. Primero, los datos de PIB p/c en algunos países no integran una parte significativa de las actividades económicas de importantes estratos de la población en lo que se llama la economía «informal» o simplemente no contabilizada. Las estimaciones del PIB se basan a menudo en elementos residuales, una vez que algunos componentes ya han sido estimados (por ejemplo, la producción de las empresas registradas o encuestadas en varios sectores). Además, en muchos países las estimaciones del PIB dependen en gran medida de estimaciones de la producción agrícola, cuyo error de medida puede ser en muchos casos muy significativo y no necesariamente aleatorio (Sender y Smith, 1986, p. 100). No todos los países sufren de estas deficiencias estadísticas en la misma medida por lo que comparaciones entre, por ejemplo, la RD del Congo y Sudáfrica, están abocadas a presentar imágenes muy sesgadas del tamaño relativo de estas economías y de su evolución. La escasa fiabilidad de las estadísticas agregadas en algunos países, especialmente en lo que respecta a los datos agrícolas, debería inducir a, cuando menos, dudar de sus conclusiones a los analistas que basan sus afirmaciones categóricas en regresiones de sección cruzada de muestras disparatadas de varios países. Sin embargo, los estudios fascinados por la «*dummy* africana» suelen presentar pocas dudas, sin considerar seriamente las limitaciones de su base empírica. No obstante, no nos detenemos ante este importante desafío metodológico pues su exageración puede llevar también a un *impasse* analítico igualmente peligroso. Lo cierto es que con las mismas bases de datos problemáticas, una cierta precaución y una forma algo diferente de interpretar los mismos datos se pueden presentar imágenes alternativas a la usual «tragedia» que se asocia al subdesarrollo económico africano. Esta sección trata de contribuir en esa dirección y darle algo más de «textura» a las imágenes agregadas de esa «África» irreal.

La *longue durée* del crecimiento económico en África: ¿una tragedia?

La primera cuestión es el periodo que se analiza y la medida en que se enfoca o no desde una perspectiva histórica de largo plazo. Uno de los problemas de los trabajos empíricos mencionados en la sección anterior es que se olvidan de la historia y son muy sensibles a las muestras y grupos de países incluidos en los análisis econométricos (Milanovic, 2005, p. 47). Dos de los autores que más han utilizado el término «tragedia africana» de hecho aceptan que el crecimiento agregado del continente en la historia contemporánea, hasta mediados de los años 70, no fue ni mucho menos desastroso (Collier y Dunning, 1999a, p. 3). Señalan que en la primera mitad del siglo XX el crecimiento del PIB p/c fue superior a la media mundial, mientras que en el periodo 1950-1973 fue positivo y significativo, semejante al de América Latina y superior al de Asia Meridional, aunque bastante inferior a Asia Oriental (la zona más dinámica con

diferencia) y ligeramente por debajo de una media mundial muy elevada. En realidad la «tragedia africana», entendida como retroceso en términos agregados, se circunscribe al periodo 1980-1990, cuando el PIB p/c se redujo a un ritmo del 1% anual. En general, por tanto, lo que la «*dummy* africana» reflejaba no era tanto una «tragedia», sino el hecho de que, en términos agregados, la economía del continente iba creciendo más lentamente que el resto del mundo, fundamentalmente en comparación a la muy dinámica Asia Oriental. Así, también es posible pensar en una «*dummy*» latinoamericana para el periodo 1980-1995, según los mismos criterios.

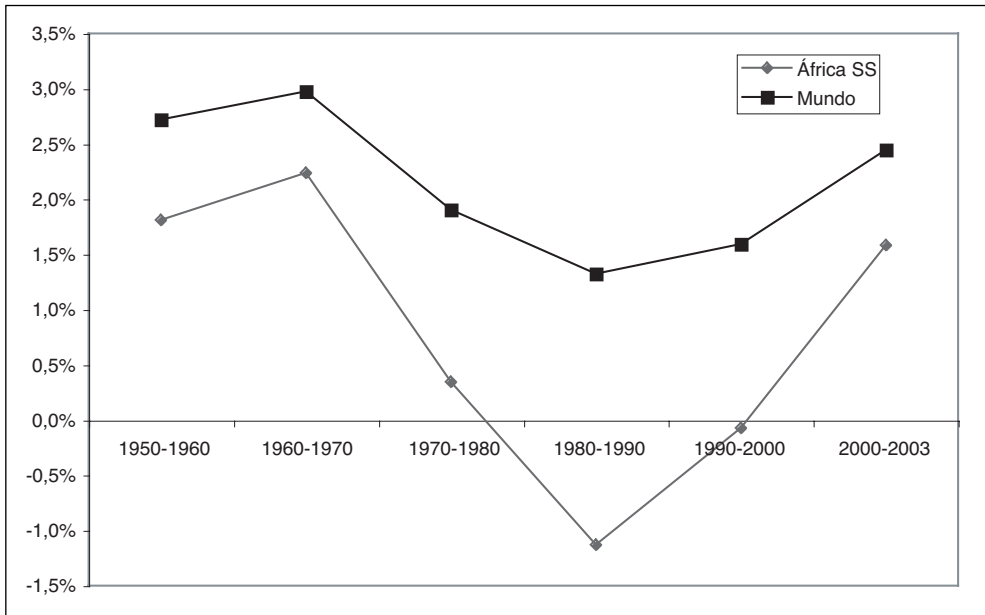
Un análisis de los datos de la *longue durée*, proporcionados por Maddison (2006), da cuenta de estas tendencias. En el periodo largo de 1950-2003 el PIB p/c de AS crece más lentamente en relación a las otras regiones del mundo, especialmente Asia Oriental, pero *crece* a un ritmo del 0,7% anual (cuadro A2). Este crecimiento positivo del PIB p/c significa de hecho una mejora media neta de las condiciones materiales de vida en los últimos cincuenta años de la historia del continente y no un *retroceso*. En otras palabras, en 2003 al «africano medio» le correspondía un PIB un 44% superior en comparación a cincuenta años atrás. El problema es que ya en 1974 el «africano medio» era un 61% más «rico» que en 1950, lo que implica un retroceso neto entre 1973 y 2003. En el convulsivo periodo anterior, 1913-1950, el crecimiento per cápita fue también positivo (1,03%) e incluso superior a la media mundial (0,88%). Estas dos tasas de crecimiento de periodos largos fueron en cualquier caso superiores a las estimadas para todos los periodos anteriores para los que Maddison ha ofrecido estadísticas aproximativas, lo que sugiere que África Subsahariana ha vivido su era *más dinámica*, en términos de crecimiento económico, durante el periodo 1870-2003, y especialmente en el siglo XX, esto es, en la época de máxima expansión del capitalismo a escala mundial. Su crecimiento se compara favorablemente incluso con el de las regiones desarrolladas en su época de industrialización y desarrollo capitalista inicial, esto es, Europa Occidental y Norteamérica, que en los periodos 1700-1820 y 1820-1870 llegaron a alcanzar una tasa máxima de crecimiento del 1,4% (Norteamérica y Australia), pero generalmente por debajo o alrededor del 1% anual. Es cierto que en este periodo se había comenzado a cimentar el desfase entre AS y las zonas contemporáneas más dinámicas del mundo, pues apenas creció en términos relativos por cabeza antes de 1870. Los datos de crecimiento de Maddison por tanto nos revelan cuatro hechos. Primero, el desarrollo del capitalismo aceleró espectacularmente el crecimiento económico en todas las regiones a las que directa o indirectamente afectó, introduciendo nuevas dinámicas e imperativos de acumulación y crecimiento material. Segundo, AS comenzó a retrasarse más claramente respecto al resto del mundo a partir de 1700, cuando las dinámicas de crecimiento económico se concentraron en la vieja Europa y el «Nuevo Mundo» (América y Oceanía). Tercero, las tasas de crecimiento económico a largo plazo en AS fueron creciendo, en niveles muy positivos, desde 1870, especialmente en el periodo 1913-1973, cuando el continente fue arrasado, si bien de forma muy desigual, por la dinámica del capitalismo mundial. Cuarto, en términos agregados AS solamente retrocede (crecimiento negativo) en los periodos posteriores a la crisis de los 70 (1973-2003 o 1978-2003), al tiempo que la economía mundial se desacelera, pero sin dejar de crecer (especialmente gracias a

Asia). Es precisamente este último periodo el que ha generado las formas más cruentas de pesimismo mencionadas anteriormente. En parte el afro-pesimismo resultante es resultado del grado de optimismo rayando la euforia que se había generalizado en los años 60 y 70 y que fue golpeado por el cambio de tendencia desde la crisis mundial de los 70. La percepción de la «tragedia africana» es sin duda también un resultado del enorme dinamismo del siglo XX, con la acumulación de capital absolutamente sin precedentes en la historia, que, a pesar de haber arrastrado en cierta medida a parte de África (gráfico 1), ha tendido a difundirse más rápidamente por otras regiones del mundo (gráfico 2). A pesar de ello, los datos de los cuadros A1 y A2 muestran que la debilidad *relativa* de la evolución africana en los últimos 30 años no debería inducir a la desesperación y al fatalismo que vemos actualmente.

Si nos limitamos al periodo de posguerra, las tasas de crecimiento del PIB p/c fueron relativamente más altas y estables en los 50 y 60, se desaceleraron en los 70 y llegaron a ser negativas en los 80 y 90, mientras en los últimos cinco años ha habido un repunte generalizado. En términos medios, entre mediados de los 60 y finales de los 70 el conjunto de AS creció a un ritmo semejante o incluso superior a la mayoría de países en desarrollo, si exceptuamos los «tigres asiáticos», y las tasas de inversión (acumulación física de capital) en los años 70 alcanzaron los niveles necesarios para soportar procesos de crecimiento a largo plazo (UNCTAD, 2002, p. 3). Sin duda, en este periodo los casos de mayor éxito (Botsuana, Costa de Marfil, Nigeria, Gabón, Sudáfrica, Kenia, Zimbabue entre otros) eran comparables a otros éxitos de crecimiento en Asia y América Latina. Según Rodrik (2004, p. 17), la fase de crecimiento de los 60 y 70 fue estimulada primero por el crecimiento en la productividad de los factores seguida de una acumulación de capital físico más rápida en los 70 (con fuerte aporte del Estado en la mayoría de países) mientras que Berthelemy y Soderling (2001) estiman que la mayor parte del crecimiento rápido de ese periodo fue sostenido por altas tasas de inversión en capital fijo²². En cambio, en el periodo 1980-1990, la «década perdida», en general se observa una caída fuerte de la productividad y el estancamiento o reducción drástica (en algunos casos) de la inversión, que tuvo secuelas en el estancamiento (o declive, si lo miramos en términos per cápita) en los años 90. En cierta medida, el patrón de crecimiento del conjunto subsahariano acompaña la pauta mundial, pero a ritmos siempre más lentos (gráfico 1), reflejando por un lado la importancia de los ciclos de la economía mundial para la región y por otro las vulnerabilidades específicas que han condicionado su trayectoria especialmente entre 1974 y 2000 (Arrighi, 2002).

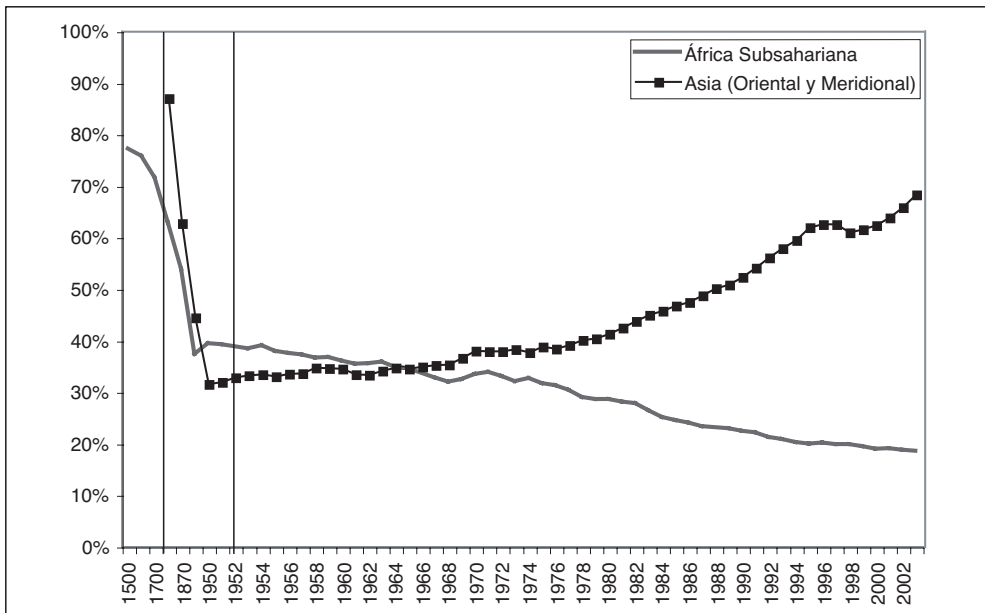
²² Este patrón era razonable dadas las necesidades en infraestructuras, en capital físico y tecnología, y los esfuerzos de muchos Estados poscoloniales para acelerar la modernización y transformación de sus estructuras productivas (Sender y Smith, 1986). A la larga, no todos los Estados consiguieron alcanzar estos objetivos, en parte porque las estrategias adoptadas no eran siempre del todo coherentes o se asentaban en bases de recursos financieros y de divisas muy limitadas (Sender y Smith, 1986 y Arrighi, 2002).

Gráfico 1. Crecimiento per cápita: 1950-2003 (PIB 1990 dólares internacionales)



Fuente: elaboración propia a partir de datos de Maddison (2006).

Gráfico 2. África Subsahariana y Asia: PIB per cápita en % del PIB p/c mundial

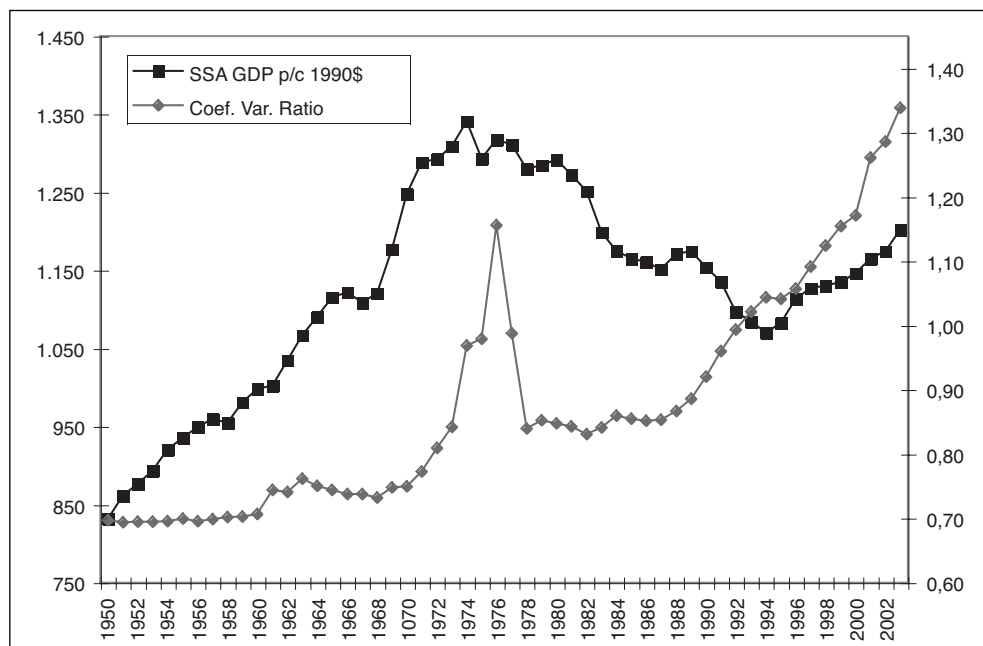


Fuente: elaboración propia a partir de datos de Maddison (2006).

Más allá de las medias agregadas: episodios de crecimiento, «milagros» y «desastres»

Si partimos de la idea de que la unidad de análisis «África» no es lo suficientemente útil, una reinterpretación de las tendencias en términos agregados no deja de ser problemática. La cuestión, por tanto, no es sólo que la evolución agregada no haya sido tan trágica a largo plazo, sino que la variedad de experiencias detrás de este valor agregado es muy amplia, y obviar las fuertes diferencias entre trayectorias económicas de diversos países africanos, incluso en el periodo más difícil (1973-2003), supone un sesgo analítico importante. De hecho, el punto de partida en cualquier estudio de la realidad económica y política del continente debería ser la diversidad del mismo y el análisis de las diferencias observadas. El cuadro A1, que contiene datos para todos los países del subcontinente entre 1950 y 2003, da fe de esta diversidad en dos formas. Primero, se observa que las tasas medias de crecimiento para el mismo periodo varían mucho, entre un mínimo de crecimiento negativo (PIB p/c) de -1,87%, entre 1950 y 2003, para la RD Congo (ex Zaire) y un máximo del 6,1% en Guinea Ecuatorial o 5% en Botsuana. Entre estos dos extremos hay todo un abanico de diferentes ritmos de crecimiento económico. Segundo, la volatilidad del crecimiento (esto es, las fluctuaciones en términos de tasas de crecimiento del PIB p/c) varía enormemente entre países de la región, entre máximos de más de 100 (ratio del coeficiente de variación) en países como Sierra Leona, Somalia o Angola y mínimos de menos de 2 en Botsuana, Guinea, o Mauricio.

Gráfico 3. Tendencias y volatilidad del PIB p/c en África: 1950-2003



Fuente: elaboración propia a partir de datos de Maddison (2006).

También observamos que la variabilidad en las tasas de crecimiento por periodos tiende a aumentar con el tiempo, esto es, que las diferencias en las trayectorias económicas se hacen cada vez más importantes a partir de los años 70. La volatilidad de los años 90 es más de 70 veces superior a la de los años 50 y casi 6 veces más alta que la de los años 70. Por tanto, si bien es verdad que AS, en su conjunto, sufrió un crecimiento negativo desde mediados de los 70, no es menos cierto que las diferencias entre unos países y otros han ido disparándose, por lo que las afirmaciones para el conjunto del continente no reflejan lo ocurrido en varios países del mismo.

Una forma de ilustrar la diversidad de experiencias es contar y contrastar episodios de crecimiento sostenido (o acelerado) y de caída, como hacen Berthelemy y Soderling (2001) o Hausmann *et al.* (2005). Berthelemy y Soderling (2001) identifican un número sustancial de «episodios de crecimiento sostenido», un total de 16 para AS, caracterizados por una tasa de crecimiento de 7,1% durante una media de 15,4 años, lo que es un logro muy importante en términos comparativos (cuadro 1). Los episodios más sostenidos de crecimiento identificados por Berthelemy y Soderling (2001) fueron: Kenia, Costa de Marfil, Malawi, Namibia y Tanzania, que comenzaron sus procesos de crecimiento rápido a principios de los 60 y acabaron a finales de los setenta o mediados de los 80. Botsuana por su parte ha sostenido su crecimiento rápido des-

Cuadro 1. Episodios de crecimiento rápido sostenido: 1960-1996

País	Inicio	Final	Duración en años	Crecimiento anual del PIB real ^a
1 Botswana	1965	1996	31+	9,3
2 Camerún	1967	1986	19	7
3 Costa de Marfil	1960	1978	18	9,5
4 Etiopía	1960	1972	12	4,5
5 Gabón	1965	1976	11	13,1
6 Ghana	1983	1996	13+	4,8
7 Kenia	1961	1981	20	6,7
8 Lesotho	1970	1982	12	9,9
9 Malawi	1964	1979	15	6,6
10 Mauricio	1980	1996	16+	5,5
11 Mozambique	1986	1996	10+	6,2
12 Namibia	1961	1979	18	6,4
13 Sudáfrica	1960	1974	14	5,1
14 Tanzania	1961	1975	14	5,7
15 Togo	1960	1974	14	6,8
16 Uganda	1986	1996	10+	6,6

Fuente: Berthelemy y Soderling (2001, p. 325).

^a Crecimiento sostenido definido como un periodo de por lo menos 10 años de crecimiento del PIB real superior al 3,5% en media anual basándose en una media móvil de cinco años.

de finales de los 60 hasta hoy. Otros países con periodos de crecimiento sostenido algo más cortos fueron Togo, Gabón, Camerún, Sudáfrica, Etiopía y Lesotho, todos ellos habiendo acelerado en el periodo previo a 1980. En este periodo destacan algunos de los países con los mercados de mayor tamaño y que tuvieron gobiernos más activos en los procesos de acumulación e industrialización posindependencia, como Kenia, Costa de Marfil, con un Estado relativamente desarrollista, y los productores de petróleo o de diamantes como Botsuana, Gabón, Congo y Nigeria, que luego seguirían derroteros muy diferenciados. Los únicos episodios de crecimiento de esta magnitud durante el periodo del ajuste estructural se dan en Uganda, Mozambique (los pupilos preferidos de las IFI), Ghana y Mauricio. En los dos primeros hay una coincidencia bastante clara entre la aceleración y sostenimiento del crecimiento y el final o recesión del conflicto armado que asoló a estos dos países durante muchos años. En Mauricio en realidad no se aplicó un programa de reformas neoliberales y en Ghana el episodio de crecimiento fue más bien efímero y a mediados de los 90 ya parecía agotarse.

En otro estudio sobre aceleraciones de crecimiento²³, Hausmann *et al.* (2005) observan una mayor frecuencia de aceleraciones en Asia pero también varios casos en África. Allí las aceleraciones son más frecuentes en los años 50, 60 y 70, mientras que en los 80 y 90 los casos son raros. La otra característica del grupo de países africanos con episodios de crecimiento acelerado en este último estudio es que *varios* de ellos salen de un proceso de crecimiento negativo o estancamiento y después de la aceleración vuelven a tener un comportamiento macroeconómico decepcionante (véase cuadro 2). Botsuana y Mauricio son las claras excepciones en este patrón.

Nigeria, por ejemplo, sigue un patrón más fluctuante, con altibajos acentuados muy en consonancia con los vaivenes del sector petrolero y de otros sectores, como la agricultura, que, tras su relativo abandono desde mediados de los 70, ha sufrido numerosos *shocks* de producción (gráfico 5). Nigeria se caracterizó también por la pésima gestión del erario público, durante los periodos de bonanza, por parte de la dictadura militar, la consecuente falta de inversiones productivas y la tendencia a la fuga de capital, lo que acabó por hipotecar los logros potenciales que los recursos petroleros ofrecían. En otros países los modelos de crecimiento adoptados no llegaron a fructificar o simplemente no tuvieron tiempo de madurar, debido a los fuertes cambios en el régimen de políticas económicas desde principios de los 80, como resultado de las políticas de ajuste estructural (Costa de Marfil, Zimbabue, Camerún o Zambia).

Arrighi (2002) y Berthelemy y Soderling (2001) sostienen que el agotamiento de los modelos de crecimiento de los 60 y 70 era en parte predecible por los aspectos nocivos de tales modelos, esto es, el dominio de élites sin incentivos para promover una acumulación a largo plazo, las inversiones costosas y mal planificadas, el supuesto sesgo urbano de las políticas y el excesivo trasvase de excedentes de los sectores rurales sobreexplotados hacia las ciudades dominadas por élites urbanas, aristocracias de trabajadores y funcionarios públicos. Según Arrighi (2002) fue precisamente la creación de un sistema de acumulación tan frágil lo que eventualmente provocó su rápido ago-

²³ Aquí no se habla de procesos de crecimiento rápido sostenido en relación a una noción de crecimiento rápido sino de aceleraciones sostenidas, obedeciendo a tres criterios estrictos (véase cuadro 2).

Cuadro 2. Episodios de aceleraciones o «milagros» de crecimiento

Decenio	País	Año de cambio	Crecimiento anterior (%)	Crecimiento posterior (%)	Diferencia de crecimiento (en puntos porcentuales)
1950 y 1960	Nigeria	1967	-1,7	7,3	9
	Botswana	1969	2,9	11,7	8,8
	Ghana	1965	-0,1	8,3	8,4
	Guinea Bissau	1969	-0,3	8,1	8,4
	Zimbabue	1964	0,6	7,2	6,5
	Congo	1969	0,9	5,4	4,5
	Nigeria	1957	1,2	4,3	3
1970	Mauricio	1971	-1,8	6,7	8,5
	Chad	1973	-0,7	7,3	8
	Camerún	1972	-0,6	5,3	5,9
	Congo	1978	3,1	8,2	5,1
	Uganda	1977	-0,6	4	4,6
	Lesotho	1971	0,7	5,3	4,6
	Ruanda	1975	0,7	4	3,3
	Malí	1972	0,8	3,8	3
	Malawi	1970	1,5	3,9	2,5
1980 y 1990	Guinea Bissau	1988	-0,7	5,2	5,9
	Mauricio	1983	1	5,5	4,4
	Uganda	1989	-0,8	3,6	4,4
	Malawi	1992	-0,8	4,8	5,6

Fuente: adaptado de Hausmann *et al.* (2004: 5).

Notas. Las aceleraciones de crecimiento se definen según las condiciones siguientes: 1) crecimiento del PIB p.c. sostenido durante ocho años supera en 2 puntos porcentuales el crecimiento medio del periodo anterior; 2) la tasa de crecimiento anual per cápita del periodo de ocho años después del año de inicio de la aceleración es de por lo menos 3%, y 3) el PIB real posterior a la aceleración es superior al máximo del periodo precedente.

tamiento ante la primera crisis seria, los déficit de balanza de pagos y los desequilibrios fiscales, con la consiguiente capitulación gradual ante la propuesta neoliberal de reforma, promovida por el FMI y el BM desde finales de los 70. Sin embargo, un repaso de experiencias individuales diferentes, aunque con evoluciones parecidas (de crecimiento y posterior recesión), pondría en entredicho algunas de las generalizaciones propuestas por Arrighi.

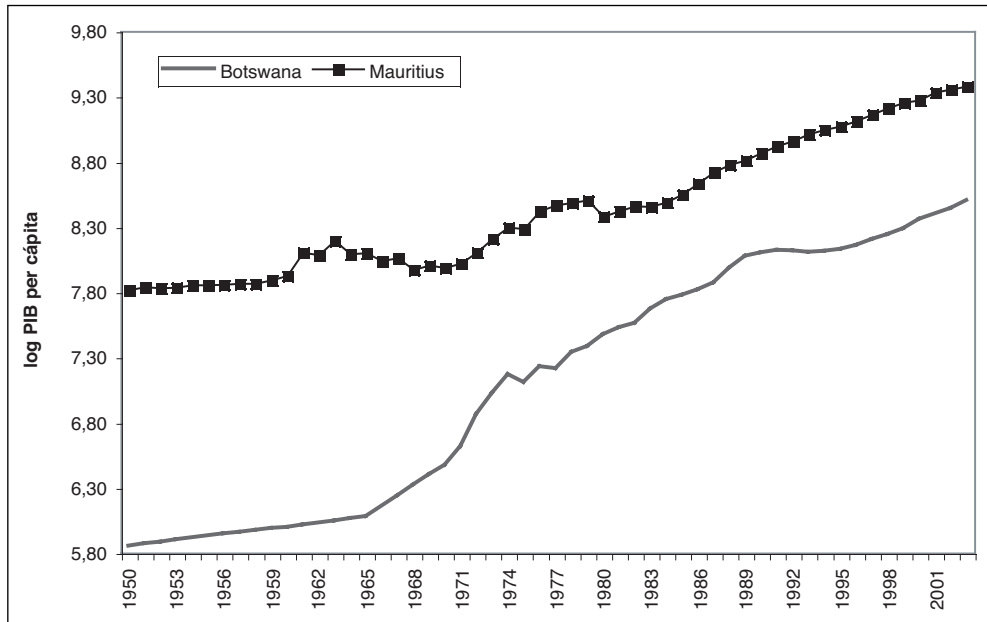
Otra aproximación más útil a esta variedad de trayectorias económicas, no sólo en términos de los resultados obtenidos, sino también en función de los diversos enfoques estratégicos aplicados, consiste en contrastar pares de países que comparten muchos elementos de su historia y geografía, pero que siguieron estrategias significativa-

mente diferentes. Nugent (2004, pp. 141-200) establece tres contrastes en torno a la dicotomía entre trayectorias «socialistas» y «capitalismos endógenos», especialmente en el periodo poscolonial inicial, esto es, los primeros veinte o veinticinco años: Kenia-Tanzania, Costa de Marfil-Ghana, y Senegal-Guinea. En estas comparaciones los regímenes de tendencia más capitalista ofrecen mejores resultados en términos de tasas de crecimiento y en acumulación de capital, desembocando en estructuras productivas y clases capitalistas nacionales más sólidas. En cambio, las trayectorias del grupo más marcadamente «socialistas» dejaron más huella en sus logros en la provisión de bienes públicos, especialmente en educación, pero también en salud y en la constitución de instituciones de economía social y solidaria, como las cooperativas agrícolas. El problema que este segundo grupo de países enfrentó fue que años de estancamiento económico y falta de recursos financieros acabaron por agotar las posibilidades de seguir extendiendo la educación y la sanidad a una población rápidamente creciente. No es una sorpresa que, en los países de trayectoria más capitalista, el crecimiento más rápido se sostuviera, reforzando simultáneamente las desigualdades sociales existentes y la creciente marginación de una parte significativa de su población. Para ilustrar la variedad de experiencias y las diferentes historias detrás de los «milagros» y las «decepciones» pasamos a ilustrar cuatro ejemplos bastante paradigmáticos que si bien no pueden representar el conjunto del continente (no es éste el propósito) sí nos ayudan a entender mejor la complejidad de sus procesos históricos y la futilidad de generalizaciones continentales.

Botsuana y Mauricio: ¿las excepciones que confirman la regla?

Botsuana, en el periodo 1967-1980 (1969 constituye el año del despegue), llegó a superar a las economías más dinámicas de la época, incluyendo Singapur, Corea del Sur, Brasil, Hong-Kong y otras. Mauricio, tras su despegue a finales de los 70, no ha bajado el ritmo y los cambios estructurales acaecidos han seguido muy de cerca el modelo de las economías emergentes del Sudeste asiático y el Pacífico Oriental. El gráfico 4 muestra la evolución de las economías de Botsuana y Mauricio y refleja las aceleraciones cristalizadas desde finales de los 60 y 70.

La primera impresión que se tiene al analizar el desarrollo de las economías de Botsuana y Mauricio y, sobre todo, si se observan con detenimiento sus condiciones iniciales, es que, sobre el papel, y si nos guiamos por la visión afro-pesimista, estaban tan condenadas al fracaso como tantos otros países ricos en recursos minerales, enclavados, pequeños (en términos de población y mercado interno), o dependientes de una sola materia prima (mineral o agrícola). En cierta medida, así se podía representar a Botsuana y Mauricio antes de sus respectivos despegues. A principios de los 60, James Meade, un premio Nobel de economía, adelantó una de las predicciones más erróneas de la historia de los países recientemente descolonizados. Llegó a afirmar que Mauricio apenas tenía esperanzas de desarrollo en el futuro, dadas las condiciones iniciales a finales de los 50: dependencia de un producto agrícola (azúcar); vulnerabilidad ante *shocks* en términos de intercambio; aislamiento geográfico; presión demográfica; tensio-

Gráfico 4. «Milagros» africanos de crecimiento

Fuente: elaboración propia a partir de datos de Maddison (2006).

nes interétnicas entre Indios y Criollos (Meade, 1961, citado por Subramanian y Roy, 2001, p. 205). El «milagro» mauriciano posterior se burló de esta predicción. Afirmaciones semejantes se oían sobre Botsuana antes de su despegue y el descubrimiento de diamantes. Era un país enclavado, con una buena parte de territorio desértico, dependiente de la ganadería «tradicional», sin apenas infraestructuras (apenas 12 km de carretera asfaltada el año de la independencia) y con un nivel de capital humano bajísimo –¡22 graduados universitarios y 100 de escuela secundaria! (Acemoglu *et al.*, 2001, p. 81).

Botsuana y Mauricio destacan tanto por algunas semejanzas como por contrastes estructurales muy marcados: Botsuana, un país enclavado y sin salida al mar, tiene una de las densidades de población más bajas, mientras Mauricio, una isla alejada del continente, de las más altas; Botsuana se ha desarrollado sobre la base de un recurso mineral de gran valor (diamantes) y con un mercado oligopolístico, mientras que Mauricio basó su acumulación inicial en el azúcar, con un mercado internacional muy competitivo. La esperanza de vida en Mauricio hoy es la más alta del AS, mientras que en Botsuana es la más baja (por la pandemia del SIDA)²⁴.

Los estudios sobre Mauricio señalan que el coste de la fuerza de trabajo (en unidades de eficiencia) y los accesos preferenciales a los mercados europeos (azúcar) fue-

²⁴ La crisis de VIH/SIDA en Botsuana ha alcanzado proporciones sin precedentes y sin comparación en el resto de África. En parte, Botsuana ha sido víctima de su propio éxito y del alto grado de movilidad de su población, favorecido también por la excelente infraestructura de comunicaciones que se ha ido consolidando a lo largo de los últimos dos decenios de «milagro económico».

ron factores esenciales de su modelo inicial de crecimiento. Ahora bien, si realizamos análisis comparativos, es posible encontrar varios países africanos que comparten estas características, por lo menos durante algunos periodos de tiempo y que, sin embargo, no consiguieron desarrollarse de la misma forma. Por tanto, no es sorprendente que los factores institucionales idiosincrásicos, el «eslabón perdido» (o lo que las regresiones econométricas convencionales no consiguen explicar), se consideren factores explicativos determinantes. Lo mismo se puede decir de Botsuana, que, a pesar de contar con un recurso a la vez tan valioso y «peligroso» como los diamantes, no ha caído en las tragedias de otros productores, como Sierra Leona, Angola o la RD del Congo. También aquí las «instituciones» se apuntan como el factor determinante detrás de este «outlier».

En el caso de Mauricio, el sistema político y el consenso existente entre varias fuerzas políticas y sociales permitieron el surgimiento de un Estado desarrollista sui géneris, pues es un Estado competente pero no autoritario, que ha sobrevivido a diversos cambios de poder por la vía de las elecciones (Lincoln, 2006). Está por ver si la experiencia democrática electoral es un factor tan determinante. Ya podemos encontrar ejemplos semejantes en términos de índices democráticos (Senegal, Zambia, Malawi) que están muy lejos de alcanzar el nivel institucional y económico que se observa en Mauricio. Otra cuestión es si es necesario esperar mucho para que estas instituciones democráticas tengan un efecto duradero en el sendero de desarrollo de los países. La experiencia de los años 90 en muchos países del AS no promete mucho y no hay razones para pensar que la situación pueda cambiar radicalmente en los próximos años en países como Zambia, Senegal, Malawi y otros donde el test de la «democracia liberal» está siendo superado. Curiosamente, lo que se señala como factor decisivo en la estabilidad política de Mauricio y la gran efectividad de sus instituciones es la fragmentación etnolingüística, la convivencia de comunidades de origen muy diferente en un espacio pequeño, que, en vez de llevar al conflicto (como en otros países), generó bases para un pacto social necesario y sólido. Además, los recursos provenientes de los vínculos con las importantes diásporas de estas comunidades fueron utilizados de una forma particularmente productiva (Subramanian y Roy, 2001).

En Botsuana el factor político se analiza sobre la base de dos líneas de argumentación. Por un lado, se dice que la clave pudo estar en el hecho de que Botsuana no sufrió una ocupación colonial depredadora y problemática y que la transición a la independencia en 1966 sentó las bases para la formación de un régimen democrático, con un Estado fuerte y no presidencialista, en el que el Parlamento ha tenido un papel determinante (Acemoglu *et al.*, 2003). La otra línea de argumentación se centra en las políticas ejercidas por el gobierno poscolonial, la calidad de la burocracia y el buen liderazgo político, particularmente del primer presidente Khama, factores que, según la literatura convencional, están ausentes de los regímenes políticos de buena parte del continente²⁵.

La experiencia de Mauricio es interesante también porque pone en entredicho las recomendaciones neoliberales para acelerar el crecimiento en AS. Primero, es una eco-

²⁵ Cabe decir que existieron líderes comparables a Khama, como Nyerere en Tanzania y Houphouët-Boigny en Costa de Marfil, pero los resultados económicos no fueron comparables.

nomía abierta pero en consonancia con su condición de economía insular de pequeño tamaño; otros países pequeños del continente alcanzan grados de apertura (exportaciones más importaciones como porcentaje del PIB) semejantes, si no mayores. Segundo, las condiciones iniciales no eran muy diferentes del resto de África en muchos factores; por ejemplo, el peso de las exportaciones primarias (azúcar) en las exportaciones totales era mayor que la media africana en su periodo de despegue. De hecho, si cabe, las condiciones iniciales situaban a Mauricio en una posición desfavorable en comparación con muchos otros países en desarrollo (Subramanian y Roy, 2001: 36). Tercero, los índices de protección efectiva fueron (y son) bastante más elevados que en la media africana (Subramanian y Roy, 2001). De hecho, la importancia de las rentas derivadas del acceso preferencial al mercado del azúcar, textiles y ropa en la UE, y varias medidas que protegieron al sector del azúcar y manufacturero en el país fueron factores cruciales. Lo que ha distinguido a Mauricio ha sido su forma de aplicar políticas comerciales específicas, dirigidas y segmentadas, con el objetivo de crear un sector exportador competitivo. En esta estrategia fue también decisivo el uso de las Zonas Especiales de Exportación. Cuarto, el modelo de desarrollo mauriciano se cimentó también en una buena conjunción de factores en la movilización de mano de obra. Por un lado, a través de las inversiones de largo plazo en educación, que permiten hoy a su economía poder aspirar a crear zonas de servicios competitivas y, por otro, a través del manejo de la inmigración de mano de obra (generalmente proveniente de Asia –China e India–), especialmente contratada para nutrir un proceso de industrialización de una manera controlada y flexible (Lincoln, 2006).

En otras palabras, el éxito del modelo exportador en el que se basó el crecimiento espectacular y sostenido de Mauricio es resultado de una mezcla del modelo asiático (coreano) y de las relaciones preferenciales con los socios comerciales (UE), quizá una conjunción de factores muy idiosincrásica. Sin duda, Mauricio es un ejemplo de proceso de crecimiento transformador (de estructuras productivas, de empleo y sociales) dirigido por el Estado y favorecido por condiciones sociohistóricas muy favorables en momentos clave de su trayectoria de desarrollo (Lincoln, 2006).

Tampoco Botsuana se puede calificar como un modelo de economía abierta y «liberalizada». El FMI, por ejemplo, suele calificarla de «economía moderadamente abierta», y su éxito se suele simplificar en la buena gestión de los diamantes. Estos recursos han sido bien utilizados en programas de desarrollo industrial bastante intervencionistas, al mismo tiempo que otras economías africanas sufrían la desindustrialización postajuste (Owusu y Samatar, 1997). Es cierto que el gobierno de Botsuana ha contado con un volumen de recursos fiscales tal que ha podido acumular un nivel de reservas espectacular, de modo que, a pesar de las fuertes inversiones en infraestructuras y servicios sociales, sólo muy recientemente las cuentas del Estado han pasado a números rojos. En varios aspectos la política fiscal del gobierno ha sido, si bien prudente, bastante expansiva, lo que ha permitido mejorar significativamente varios indicadores sociales desde los años 70, tanto en educación como en sanidad, y crear una base de infraestructuras muy desarrollada para la media africana.

Parte de este modelo ha tenido que ver con la particular inserción de Botsuana en el mercado de los diamantes. De Beers, la empresa más poderosa del sector, ha basa-

do sus inversiones en países que se han caracterizado, en cierto modo, por su estabilidad: Botsuana, Sudáfrica, Namibia y Tanzania. Pero Botsuana constituye la «joya de la corona» del imperio De Beers. Las relaciones entre este emporio y el Gobierno de Botsuana siempre han sido muy estrechas, y así los diamantes han sido explotados por un *joint-venture*, Debswana, estrechamente controlado en conjunto por De Beers y el Gobierno. Con este acuerdo, el Gobierno se ha asegurado un flujo estable y muy substancial de divisas que le ha permitido planificar con visión de largo plazo.²⁶ Por tanto, el hecho de que la dependencia de un producto (diamantes) no se haya asociado con los fracasos de otros países, también poco diversificados, tiene mucho que ver con la naturaleza de este producto y su mercado, y particularmente con la especial relación entre el gobierno, gran beneficiario, y la empresa que controla el mercado internacional. Así Botsuana continúa invirtiendo en la expansión de su producción de diamantes y se espera que se incremente de 20 a 25 millones de quilates. A pesar de esto, los esfuerzos de diversificación hacia la industria manufacturera y los servicios financieros están atenuando relativamente esta, por otro lado, «virtuosa» dependencia.

Otro factor importante es la cantidad y calidad de los funcionarios públicos, factor común en los dos «milagros». A pesar de la insistencia de los foros internacionales en la necesidad de reducir el tamaño del sector público, diversos estudios han mostrado que los efectos de los programas de ajuste llevaron a que el porcentaje de funcionarios públicos en la población de la media de países africanos alcanzara los niveles más bajos del mundo en desarrollo, por debajo de un 2%²⁷, comparado con Asia (3%) o América Latina (3,2%). Curiosamente, Botsuana y Mauricio están entre las excepciones, probablemente por no estar sujetos a los programas de estabilización y ajuste del FMI y el BM. Así, consiguieron mantener y reforzar su sector público desde la independencia, lo que produjo una burocracia efectiva, con visión y recursos para poner en marcha programas estratégicos de largo plazo, como los que subyacen al «milagro económico» de estos países.

Como señala Mkandawire (2001: 310), los «Estados desarrollistas son construcciones sociales generados conscientemente por actores políticos y sociedades». En unos casos estos Estados pueden ser autoritarios, mientras que en otros pueden establecerse en regímenes basados en pluralismo político y democracias liberales con burocracias relativamente fuertes. Botsuana y Mauricio son presentados frecuentemente como exponentes del segundo modelo. Otros países que han experimentado algún *boom* anteriormente también se caracterizaron por un gobierno fuerte aliado con facciones de la clase empresarial nacional, como en el caso de Costa de Marfil, Sudáfrica, Zimbabue y en menor medida Kenia, en diferentes periodos de su historia, pero sin la necesaria continuidad, debido a la interacción de factores externos e internos.

²⁶ Se calcula que los ingresos fiscales por diamantes alcanzan el 50% o más de los ingresos del gobierno.

²⁷ Este dato es para una muestra de países africanos que tienen sectores públicos más desarrollados y de mayor tamaño, por lo que hay muchos otros países del continente donde el porcentaje no llega al 1%. Nótese que este dato incluye empleados de los gobiernos central, locales y del sector de sanidad y educación (profesores, enfermeros, médicos, etcétera).

Costa de Marfil: el «león cansado»

Costa de Marfil se podría considerar un ejemplo de «éxito no sostenido», aunque se diferencia mucho de otras trayectorias (gráfico 5) como las de los exportadores de petróleo (Congo y Nigeria) cuyos vaivenes fueron dictados en buena medida por las rentas del petróleo o Kenia, cuya evolución fue menos fluctuante. Una de las comparaciones más frecuentes en la historiografía económica africana es la de Costa de Marfil y Ghana (un ejemplo de fracaso en los 60 y 70), que es ilustrativa de la complejidad de factores que pueden explicar las diferentes trayectorias de países que tienen bastante en común. De hecho, Ghana y Costa de Marfil, en el momento de sus independencias, compartían varios aspectos: el tamaño territorial y de la población era semejante, su dotación de recursos naturales (especialmente la importancia del cacao y el café), las historias respectivas de la expansión colonial de productos de exportación, su fragmentación etnolingüística, entre otros. La comparación es interesante porque los dos países siguieron regímenes de acumulación y modelos de desarrollo muy diferentes, especialmente desde un punto de vista ideológico (Nugent, 2005, p. 167). En esta sección presentamos la trayectoria de Costa de Marfil²⁸.

A pesar de que Costa de Marfil no figura en la lista de aceleraciones de crecimiento (cuadro 1), en parte porque tuvo menos «saltos» de crecimiento y sí un crecimiento más estable –y rápido– desde la independencia, lo cierto es que hasta finales de los setenta su economía creció a una tasa media anual de alrededor del 7%, bastante por encima de la media africana del momento y una tasa alta en relación también con algunas economías asiáticas (Fauré, 1989, p. 59)²⁹. Este comportamiento dinámico ocurrió sin contar con minerales preciosos y, en este sentido, Costa de Marfil representa una historia diferente de Bostuana. Basándose en la explotación de un recurso menos valioso que el petróleo, esto es, el cacao (y el café), pero que también se benefició del *boom* de precios de los 70, el desarrollo y crecimiento marfileño fue más equilibrado y basado en la alianza entre el Estado y una burguesía nacional incipiente que inició su acumulación inicial en la agricultura, en un desarrollo urbano acelerado en los 60-70 y en una alianza estratégica con el capital francés (metropolitano o de colonos). De hecho, uno de los factores significativos en la trayectoria de crecimiento poscolonial fue el desarrollo de la agricultura de exportación y los signos de un capitalismo agrario dinámico, cimentado en la competición entre granjeros autóctonos, fuertemente apoyados por el Estado marfileño y plantadores colonos franceses que se habían beneficiado de las políticas coloniales y del acceso a capital francés más adelante (Rapley, 1994). Los excedentes generados por el *boom* del cacao y del capitalismo agrario³⁰, ayudados por el trato preferencial en el mercado francés, crearon condiciones para una industrialización incipiente, basada primero

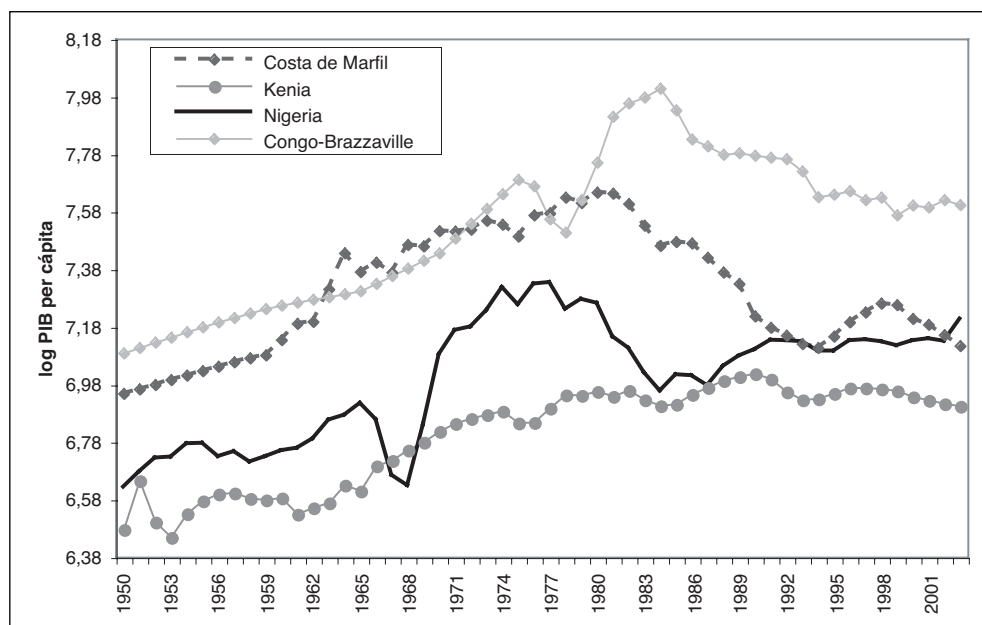
²⁸ Véase Nugent (2004) para una comparación más sistemática con Ghana.

²⁹ En términos de dólares internacionales per cápita, su crecimiento fue muy positivo en los 50, 60 y 70, pero especialmente en los 60 (cuadro A1).

³⁰ La bonanza agraria de Costa de Marfil no se limitó al cacao, si bien éste ha sido el motor principal, sino que otros cultivos como el algodón también experimentaron una expansión y transformaciones excepcionales (Bassett, 2001). Además el gobierno marfileño se preocupó desde el inicio de promover otros cultivos como los plátanos y las piñas, para diversificar las fuentes de rendimiento en el campo (Nugent, 2004).

en la sustitución de importaciones (con fuerte contribución del capital francés) y más tarde en el procesamiento de productos agrícolas y algunos bienes de consumo para su comercialización local y exportación a la región. Esto ayudó en el fortalecimiento de una incipiente burguesía industrial, que también daría más legitimidad al régimen de Houphouët Boigny en los tres primeros decenios tras la independencia³¹. Costa de Marfil, en un modelo semejante al de Kenia, constituye por tanto un ejemplo de industrialización promovida por el Estado, pero dirigida a la creación de un capital industrial nacional, capaz de competir en el futuro. La peculiaridad del ejemplo marfileño es que fue de los pocos países que intentaron un cambio gradual de una ISI (Industrialización para Sustitución de Importaciones) hacia una IOE (Industrialización Orientada al Exterior), a través de la industrialización de productos de exportación, desde mediados de los 70 (Nugent, 2004, p. 180). En ese sentido, la trayectoria de Costa de Marfil seguía los moldes del milagro asiático, salvando las distancias históricas. Así, a pesar de la importancia relativa del capital foráneo³², el Estado marfileño consiguió promover una burguesía agraria e industrial relativamente dinámica en comparación con otros países del continente.

Gráfico 5. Episodios de éxito no sostenidos



Fuente: elaboración propia a partir de datos de Maddison (2006).

³¹ El mantenimiento (y reforzamiento temporal) de la presencia del capital francés en Abidján también contribuyó significativamente al «milagro» marfileño de la época, a pesar de las lecturas *dependentistas* negativas de este fenómeno (Fauré, 1989 y Rapley, 1994).

³² Y que llevó a Samir Amin a utilizar el ejemplo de este país como caso de «dependencia», que llegó a extrapolarse al resto del mundo en desarrollo, a pesar de que Costa de Marfil era quizá uno de los peores ejemplos a usar con este propósito (Rapley, 2002, p. 24).

El modelo de acumulación, que creó una de las economías más dinámicas del continente en los dos primeros decenios después de la independencia, se fue agotando por la excesiva dependencia del cacao y café (a pesar de la diversificación de los 70), y sobre todo por los desequilibrios fiscales incontrolados y la consiguiente acumulación de deuda externa, lo que provocó una caída notable del crecimiento económico e incluso una situación de insolvencia ante la deuda en 1987. La clase política y empresarial dominante había sido víctima de su propio éxito y se dejó llevar por la euforia de los resultados de los 60 y mediados de los 70, que desembocó en un incremento muy importante de inversiones públicas, no siempre coherentes o justificadas y financiadas cada vez más por deuda externa privada³³. La falta de prudencia fiscal fue en realidad un fenómeno de los 70, pues en los años 60 el gobierno marfileño dio un ejemplo de capacidad planificadora y buena gestión fiscal (a diferencia de la Ghana de Nkrumah), como lo demuestra el hecho de que consiguió un excedente presupuestario, sin dejar de alcanzar todos los objetivos del plan de desarrollo para ese periodo (Nugent, 2004). La crisis de finales de los 70 fue finalmente desencadenada por la fuerte caída de los precios del café y del cacao, al tiempo que se instalaba la recesión en la economía mundial, que afectaba también a los volúmenes de exportaciones, lo que fue exacerbado por el incremento en la factura importadora (vía importaciones de energía), y de los costes de la deuda (vía incremento en tipos de interés y valor del dólar), en una combinación explosiva que afectaría igualmente a muchas otras economías del mundo. En una economía relativamente extravertida como la marfileña los efectos a corto plazo de estas tendencias fueron evidentemente muy negativos, especialmente en la balanza de pagos y las cuentas del Estado. A pesar de las varias reformas, Costa de Marfil nunca llegó a recuperar el dinamismo poscolonial inicial después del choque de los 80 y ha seguido una lenta degradación que ha acabado en inestabilidad política y social en la actualidad³⁴. Ésta es una de las interpretaciones de la crisis. Otras interpretaciones destacan los factores estructurales y especialmente la idea de que el modelo de ISI se estaba agotando sin las medidas necesarias para paliar su declive, mientras las oportunidades de inversión (interna y externa) se estaban agotando por la presión sobre los recursos y la falta de diversificación (Fauré, 1989, p. 63). A esto le podemos añadir algunas características estructurales que se fueron reforzando en los años 70 (MC, 1986, citado en Fauré, 1989, p. 199): aumento desmedido de las importaciones a pesar de la ISI (en parte por la fuerte influencia del capital industrial francés); costosas infraestructuras; estilo de consumo de estándares europeos por parte de la burguesía y la clase media incipiente; fuertes desigualdades sociales y regionales en el ingreso; tendencias a la repatriación de beneficios y capital por la fuerte presencia de capital francés. Fauré (1989) da más importancia a la explosión del sistema patrimonial y el clientelis-

³³ Un ejemplo fue el de los grandes complejos de producción de azúcar, que fracasaron por sus altos costes de producción (Nugent, 2004, p. 179).

³⁴ No obstante, paradójicamente, en este periodo de «crisis», una burguesía industrial incipiente empujada por jóvenes empresarios marfileños no dejó de dar signos de dinamismo, como lo demuestra Rapley (1994). En realidad la crisis afectó especialmente al Estado y sus actividades y se tradujo también en una cierta retirada del capital industrial francés.

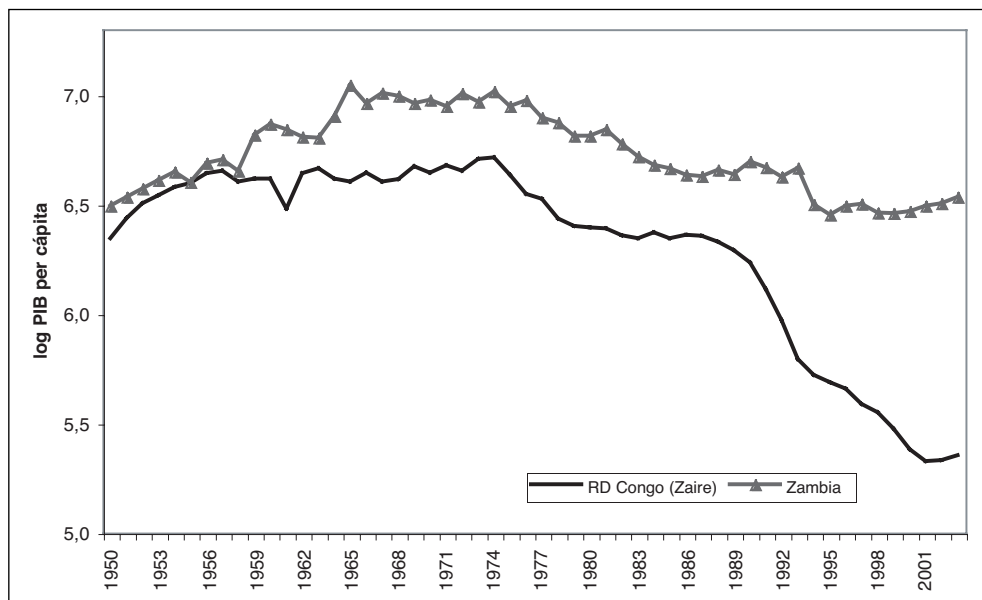
mo, coincidente con la proliferación de empresas estatales y mixtas, de donde se drenaron los recursos que a la postre desembocarían en desequilibrios financieros y deuda crecientes³⁵. Por supuesto, cada interpretación tiende a exagerar la importancia relativa de determinados factores y no hay información empírica suficiente para establecer qué interpretación sea la más apropiada. Probablemente hay una mezcla de todos los factores mencionados y, sin duda, fue clave la falta de previsión del gobierno y las empresas, que se lanzaron a proyectos de largo plazo sin la cobertura necesaria ante la volatilidad del entorno internacional a finales de los 70, lo que fue agravado por las crecientes presiones para acceder a financiación y recursos del Estado, lógicas en época de bonanza y con una burguesía en formación. Sólo un detallado análisis de la economía política del momento y de los factores subyacentes, y no una causa específica, puede explicar el cambio de rumbo perceptible desde finales de los 70 en lo que se había considerado, con razón, un «milagro» económico africano. En cualquier caso, a pesar de la crisis o estancamiento posterior a 1980, el tejido productivo y capitalista marfileño continúa siendo uno de los más sólidos del continente, gracias al «milagro» del periodo 1950-1978.

Zambia: los milagros y desastres de la dependencia del cobre

Zambia puede bien representar un híbrido de modelo de economía de enclave mineral extractivo y al mismo tiempo una importante reserva de mano de obra regional, con una fuerte continuidad entre el periodo colonial y el postcolonial. En los años anteriores a su independencia, Zambia (antes Rhodesia del Norte) era a la vez una de las economías llamadas de asentamiento y exportadoras de minerales. Los vastos yacimientos de cobre y la expansión de los asentamientos de colonos europeos en la vecina Rhodesia del Sur (ahora Zimbabue) dejaron un doble legado a la economía zambiana. Por un lado, aportaba una vasta reserva de mano de obra para la extracción minera y las explotaciones agrícolas y comerciales de los colonos en las dos Rhodesias y en Sudáfrica. Por otro, servía como enclave de exportación minera en un periodo en que el *boom* del comercio internacional tras la Segunda Guerra Mundial (IIGM) arrastraba al alza los precios de algunos minerales y materias primas y atrajo a numerosos colonos ingleses y sudafricanos, especialmente en el periodo de entreguerras y posterior a la IIGM. Aunque no llegó a tener el gran número de colonos blancos de otros vecinos, a mediados de los 50 habría unos 50.000 de los que más de la mitad eran asalariados en empresas mineras (Sender y Smith, 1986).

En los 20 años anteriores a la independencia la llegada de colonos y el interés del capital minero, así como la creciente urbanización y la creación de un proletariado urbano africano, habían presionado a la administración colonial para que dedicara sus

³⁵ Sin duda la coincidencia entre la elite empresarial marfileña y la clase política dominante está muy establecida pero, como señala Rapley (1994), esto no tiene por qué interpretarse en clave negativa o patrimonial, sino en términos de una alianza de largo plazo entre el capitalismo nacional y el Estado, que es común a muchos otros procesos históricos de desarrollo a largo plazo.

Gráfico 6. Ejemplos de «desastres» o «tragedias» de crecimiento

Fuente: elaboración propia a partir de datos de Maddison (2006).

inversiones a la creación de infraestructuras al servicio de estos generadores de recursos (Freund, 1998). Así, ya en los años 50 Zambia contaba con infraestructuras de comunicación y de vivienda bastante desarrolladas para los estándares africanos, aunque bien es cierto que su distribución era muy desigual, pues se concentraba en la línea que conectaba Lusaka, la futura capital (camino de Harare en Zimbabwe), con el cinturón del cobre (Copperbelt) en los alrededores del Katanga congolés. La peculiaridad de Zambia es que su pionero desarrollo minero-industrial aceleró el proceso de urbanización y proletarianización, en cierta medida cambiando las expectativas de buena parte de la población y las presiones, por ejemplo, por una mayor oferta educativa. El nivel de vida de los asalariados mineros en los 50 y 60 y la bonanza del cobre permitía soñar con un modelo de capitalismo africano próspero y una cierta estabilidad social (Freund, 1998). Con la independencia, en 1964, surgió un régimen (con Kaunda como presidente) que, si bien se asentó sobre un discurso nacionalista populista, no trató de cambiar radicalmente las relaciones de propiedad (Weeks *et al.*, 2006). El capital privado fue respetado a pesar de la marcha de gran número de colonos blancos a las vecinas Rhodesia del Sur (que se aisló hasta que el movimiento africano de liberación se impuso, en 1979) y Sudáfrica. No hay duda de que el régimen de Kaunda, instalado desde la independencia en 1964, explotó lo que pudo el periodo de bonanza del cobre en los años 60 y 70 y se lanzó a un modelo de acumulación centrado alrededor de la extracción del cobre, de manera que las industrias y empresas creadas en ese periodo se desarrollaron al servicio del complejo minero del cobre. Como muchos otros regímenes africanos de la época, el de Kaunda tenía como objetivo prioritario la rápida movilidad social de la masa de población africana, aunque los beneficiarios más in-

mediatos de políticas de convergencia salarial (para reducir la discriminación racial) y de apoyo a los empresarios africanos fueran los asalariados del complejo minero y una burguesía africana incipiente, con intereses en el transporte, comercio y minería de pequeña escala especialmente (Freund, 1998).

Al mismo tiempo, la otra forma de intervención para asegurar la creación de más espacios de acumulación y creación de empleo para africanos fue la nacionalización de empresas (especialmente en el complejo minero) y la creación de nuevas empresas estatales industriales-manufactureras, con la intención de crear un complejo industrial que permitiera diversificar la economía, atender las necesidades del consumidor africano incipiente y ser fuente de ingresos para el Estado. En los años 70 el índice de producción industrial manufacturera creció un 39% y, entre 1967 y finales de los 70 el empleo en este sector ya había crecido un 50%. En 1970 un 61% del producto industrial bruto provenía de empresas estatales o mixtas con fuerte participación del Estado. El optimismo del régimen de Kaunda y sus ambiciosos objetivos, en un contexto en el que los ingresos del cobre permitían soñar, también se plasmó en un gasto público muy elevado y creciente, en parte dedicado a la expansión de la educación en todos los niveles (Sender y Smith, 1986, p. 94)³⁶. Las políticas agrícolas se diseñaron con la finalidad de alimentar los centros urbanos industriales, con el objetivo de abaratar el coste de la comida (maíz), por lo que se priorizó la subvención de la producción y consumo del maíz, a expensas de otros cultivos de exportación, que podrían haber generado recursos alternativos en divisas (Weeks *et al.*, 2006). El optimismo del gobierno respecto a la dependencia del cobre en el periodo poscolonial resultaba evidente en sus estrategias de desarrollo económico.

Así, en 1980 Zambia ya era uno de los países más urbanizados e industrializados del continente y de hecho llegó a alcanzar un nivel de ingreso medio en los *rankings* mundiales (Weeks *et al.*, 2006). Al mismo tiempo, no se debe olvidar que desde su independencia Zambia se convirtió en uno de los países más activos de la «línea del frente» (junto a Tanzania, especialmente) en apoyo a los movimientos de liberación contra los regímenes *apartheid* de Rhodesia, Sudáfrica y las colonias portuguesas (Angola y Mozambique), lo que supuso también gastos importantes para el régimen de Kaunda. Con el conflicto en Rhodesia del Sur (Zimbabue), Zambia sufrió un aislamiento importante y efectos negativos en los costes de transporte de sus mercancías, lo que afectó su posibilidad de competir en los mercados mundiales³⁷. Las estrategias de desarrollo postcoloniales eran por entonces excesivamente vulnerables a la dependencia del cobre, así como al optimismo y militancia panafricana de Kaunda. Buena parte del gasto público creciente (en la creación de empresas, incremento masivo de la masa salarial, créditos a la incipiente burguesía africana y las minas, expansión de la educación y la salud) se había ido financiando en los años 70 con crédito interno y me-

³⁶ Los niveles de educación y alfabetización alcanzados por Zambia fueron de los más altos del continente, lo que se tradujo también en una fuente creciente de cuadros técnicos para el gobierno y las muchas empresas estatales, así como una proporción creciente de mano de obra semicalificada en el sector empresarial privado urbano.

³⁷ El ferrocarril construido por los chinos (TAZARA) para ligarla a Tanzania fue un paliativo insuficiente.

canismos inflacionistas, que gradualmente fueron también provocando la sobrevaloración del tipo de cambio y el surgimiento de desequilibrios macroeconómicos importantes (Weeks *et al.*, 2006).

Cuando los precios mundiales del cobre colapsaron, Zambia no tenía salidas alternativas a corto plazo, y su apoyo a las guerras de liberación en Rhodesia y Mozambique había drenado una cantidad de recursos muy significativa. Su sector industrial-manufacturero *aún* no se había desarrollado lo suficiente como para paliar su dependencia importadora (su tiempo de gestación aún no había terminado), mientras que el sector minero no había recibido suficientes inversiones para su modernización en vistas a reducir costes. Por otro, el énfasis en la producción agrícola para el consumo interno había cerrado las puertas a alternativas para la generación de divisas por vía de exportaciones agrícolas³⁸. Ante el colapso del motor de la economía (por la caída de precios del cobre) y la insolvencia del Estado (por no estar preparado ante esta contingencia), Zambia fue de los primeros países en acudir al FMI y el BM para recabar recursos urgentes, pero al precio de tener que dar un giro de 180 grados a su estrategia económica, en el peor momento posible. La aplicación de fuertes medidas de austeridad y de liberalización fue a corto plazo muy dañina y el régimen de Kaunda dio marcha atrás rápidamente ante los costes sociales previstos. Pero su intento de estabilización alternativa fracasó, fundamentalmente por la falta de recursos externos (Weeks *et al.*, 2006). Desde ese periodo convulso, la economía zambiana ha sido víctima de un continuo vaivén de PAE, estrategias incoherentes, idas y venidas, y una constante caída de los niveles de producción y sobre todo de los indicadores sociales, desde 1980. Tras la caída del régimen en las elecciones de 1991, el gobierno de Chiluba decidió apaciguar a los donantes externos con un viraje hacia la liberalización, la privatización y la apertura comercial aún más radical, lo que expuso aún más las vulnerabilidades de la economía, incentivó la proliferación de la corrupción y ahondó la crisis hasta finales de los 90. Por tanto, para entender la crisis y decadencia continua de la economía zambiana tras 1980, es preciso trascender la hipótesis del «mal gobierno» o las políticas erróneas de los años 70, con una consideración más seria de los condicionantes geopolíticos y sociales a los que se enfrentó el régimen de Kaunda antes de los años 80 y la falta de alternativas disponibles en el periodo del ajuste de los 80 y 90. Es evidente que las políticas de ajuste eran tan mala medicina para la debilidad estructural de la economía de Zambia en los 80 y 90 como lo fueron los intentos de mantener el *statu quo* cuando se precisaba buscar alternativas (no necesariamente ortodoxas). Lo interesante del caso de Zambia es que esta evolución, a la postre decepcionante, ocurrió sin guerras (en contraste con los otros desastres, tales como la RD del Congo), no fue debida a un factor único (sean estrategias de desarrollo equivocadas, mala gobernanza o los precios del cobre) y debe entenderse en función de la conjunción particular de factores económicos, políticos, geoestratégicos y legados históricos que no se reprodujeron de la misma forma en otros países con evoluciones paralelas en términos de crecimiento económico.

³⁸ El potencial agroexportador de Zambia siempre fue elevado, pero el dominio del sector minero lo dejó de lado.

¿Desastre económico y social en África? A modo de conclusión

Este capítulo procura dar una visión panorámica general sobre la cuestión del crecimiento y desarrollo económico en África, con el objetivo de presentar y cuestionar algunas de las visiones convencionales más influyentes y ofrecer el necesario material analítico y empírico para una reflexión más afinada y respetuosa de la diversidad africana.

En resumen, este capítulo ha cuestionado la pertinencia y utilidad de las metodologías que dieron lugar al mito de la «*dummy*» africana y se ha planteado una forma alternativa de observar y analizar el crecimiento económico a largo plazo y, sobre todo, la diversidad de experiencias, que desafían todo tipo de fáciles generalizaciones. Entre éstas, se ha criticado especialmente la tendencia obsesiva de muchos autores a buscar el factor clave, singular, que explique la «diferencia» (o *dummy*). Muchas de estas explicaciones *ad hoc*, como las «malas políticas», el «mal gobierno» y la «excesiva corrupción», o los obstáculos geográficos o históricos (formas de colonización), pecan de insuficiente contenido analítico y de un uso engañoso de indicadores inadecuados, que no representan fehacientemente las variables enunciadas. En realidad, es imposible entender los grandes «fracasos» o «milagros» que se han presentado en este capítulo sin un análisis histórico pormenorizado que atienda a las combinaciones específicas de factores, contradicciones y contingencias históricas que dieron lugar a las variadas experiencias africanas de crecimiento y desarrollo. Se ha mostrado, por ejemplo, cómo la evolución económica subsahariana en materia de crecimiento se puede presentar de una manera mucho menos pesimista cuando se manejan series de datos históricos a muy largo plazo; cómo el desarrollo económico africano se enmarca en el dinamismo excepcional del desarrollo capitalista mundial en los últimos dos siglos; y también cómo, a pesar de haber sostenido procesos de crecimiento notables, el subcontinente en su conjunto ha perdido posiciones relativas a lo largo de los últimos 30 años, en comparación con otras regiones en desarrollo y especialmente Asia.

El capítulo también ha tratado de ilustrar la importante variabilidad del crecimiento económico en África, tanto si comparamos países como periodos temporales. Estas fuertes variaciones son suficientes para cuestionar los análisis demasiado agregados y que abusan de la problemática categoría territorial «África». Para destacar esta variabilidad y las evoluciones positivas hemos analizado la incidencia de episodios de crecimiento sostenido y acelerado, ilustrando más concretamente algunos ejemplos significativos de trayectorias de desarrollo y crecimiento económico muy diferentes, a pesar de compartir algunas semejanzas. Las historias «concretas» nos dicen mucho sobre la complejidad de combinaciones de factores internos y externos que han caracterizado episodios de «milagro» económico y «desastres» o decepciones.

Pero quizá las series históricas y la diversidad de experiencias en términos de crecimiento económico no son suficientes para cuestionar las conclusiones más pesimistas derivadas de la «*dummy* africana». Hay otros motivos para sostener una posición menos pesimista de la que se deriva de unos cuantos indicadores macroeconómicos. Aun aceptando la realidad de los desafíos hoy existentes, no se puede negar que a largo plazo ha habido logros, en términos de desarrollo humano, que no se pueden ignorar y estos logros no son consistentes con la imagen de desastre económico y trage-

día social que se tiene de África. Sender (1999) ofrece muchos ejemplos de avances extraordinarios en periodos relativamente cortos (de los años 50 a fines de los 90) para varios indicadores sociales, especialmente en educación (alfabetización, matriculación, porcentaje de adultos con primaria o secundaria, número de graduados universitarios)³⁹ y salud (esperanza de vida, mortalidad infantil y materna, morbilidad, cobertura sanitaria, vacunaciones, etcétera). Bidaurratzaga, en otro capítulo de este libro, confirma muchos de estos avances y los esfuerzos impresionantes de algunos gobiernos para mejorar las condiciones de vida básicas de sus poblaciones. África es un continente donde la mayoría de sus habitantes sufría hace 50 años privaciones escandalosas en varios indicadores sociales, especialmente en educación y salud, mucho más de lo que se observa hoy. Otros autores (Gayle y Ferguson, 1996) han demostrado también que, a pesar de la atención recibida por los episodios de hambrunas en los 70 y 80 en el Sahel y el Cuerno de África, la recurrencia de las mismas y su virulencia (la mortalidad inducida) se han reducido notablemente con respecto a varios decenios antes, y hoy en día las muertes por hambrunas raramente se dan en países que no estén en situación de conflicto armado. Buena parte de los éxitos en controlar o reducir la incidencia de hambrunas es resultado de esfuerzos conscientes por parte de gobiernos e instituciones de ayuda especialmente en cuestiones de prevención y preparación.

Este aparente dinamismo no está exento de contradicciones, como el crecimiento de las desigualdades económicas (variado según países) o las convulsiones que el desarrollo ha podido generar políticamente y en términos medioambientales en algunos lugares de África, así como el surgimiento de nuevas formas y manifestaciones de la pobreza en que viven muchos millones de personas. Estas contradicciones entre «progresos» y «desastres» o privaciones es una de las marcas del desarrollo del capitalismo a escala mundial. En este sentido, las transformaciones ocurridas con tanta rapidez en muchos puntos del continente, en los últimos cien años especialmente, están íntimamente asociadas al desarrollo capitalista y a la incorporación desigual pero decisiva de las economías africanas a la economía mundial (Sender y Smith, 1986). Por un lado las economías del continente se han tenido que someter a los imperativos del sistema (compulsión del mercado, de la competitividad internacional, del aumento de la productividad, etcétera), y, por otro, no se puede negar que las relaciones de producción capitalistas han llegado a penetrar los diversos tejidos sociales africanos, en grados muy desiguales, pero no por ello marginales, como se suele plantear⁴⁰. Las formas de desarrollo capitalista, su combinación híbrida con estructuras económicas y sociales preexistentes y los cambios en las formaciones sociales y políticas asociadas son únicas en algunos aspectos y muy semejantes a otros procesos de desarrollo histórico en otros. El error más común es pensar que las trayectorias deben *replicar* las de los capitalismo más avanzados, tanto los del mundo occidental como los de Asia Oriental, así como los tiempos de las transiciones. El crecimiento y desarrollo económico de los países africanos debería analizarse en clave de estas transformaciones y combinaciones

³⁹ El desfase en educación con respecto a Asia era ya muy sustancial en los años 50, cuando algunas economías asiáticas iniciaron su extraordinario despegue.

⁴⁰ Véase Sender (1999), Leys (1996) y Arrighi (2002) como ejemplos de visiones contrastadas en este sentido.

desde una perspectiva histórica de largo plazo, en el que las contradicciones sean expuestas abiertamente, sin cargas ideológicas innecesarias.

Este capítulo no trata en modo alguno de ocultar las muchas formas de privación y los decepcionantes resultados económicos (en términos relativos) de muchos países del continente (véase capítulo 4 de este libro). No hay duda de que los obstáculos estructurales que enfrentan las economías subsaharianas son en algunos casos enormes y en otros precisan de continuas inyecciones de recursos del exterior. También es cierto que la crisis que ha afectado a muchos países en los últimos 25 años ha aumentado la vulnerabilidad de sus economías ante los retos de la globalización actual, a pesar de las oportunidades que ésta presenta para algunos países y colectivos sociales. Es más imperativo que nunca que los países del continente y sus Estados puedan tomar las riendas de sus economías de manera creativa, endógena y menos restringida por consensos internacionales sobre prioridades de las políticas de desarrollo. La variedad de experiencias demuestra que el papel del Estado y las capacidades de éste son esenciales para ayudar a conducir procesos virtuosos de crecimiento incluyente, en que las formaciones sociales se refuercen en lugar de debilitarse o «informalizarse», y en que se sienten las bases materiales para mejoras sostenibles en las condiciones de vida y, eventualmente también, en las formas de gobernanza vigentes.

Bibliografía

- ACEMOGLU, D., JOHNSON, S. y ROBINSON, J. (2000), «The Colonial Origins of Comparative Development: and Empirical Investigation», *NBER Working Paper* n. 7771.
- (2003), «An African Success Story: Botswana.», en D. Rodrik (ed.), *In Search of Prosperity: Analytic Narratives on Economic Growth*, Princeton, N.J., Princeton University Press, pp. 80-119.
- ADELMAN, I. (2001), «Fallacies in Development Theory and Their Implications for Policy», en G. M. Meier y J. E. Stiglitz (eds.), *Frontiers of Development Economics: The Future in Perspective*, Oxford, Oxford University Press, pp. 103-134.
- ARRIGHI, G. (2002), «The African Crisis», *New Left Review* 15 (mayo-junio), pp. 5-36.
- ARTADI, E. V. y SALA-I-MARTÍN, X. (2003), «The Economic Tragedy of the XXth Century: Growth in Africa», *NBER Working Papers*, n. 9865.
- BARRO, R. J. (1991), «Economic Growth in a Cross-Section of Countries», *Quarterly Journal of Economics* 106, 2, pp. 407-443.
- BASSETT T. J. (2001), *The Peasant Cotton Revolution in West Africa: Côte d'Ivoire, 1880-1995*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BLOOM, D. E. y SACHS, J. D. (1998), «Geography, Demography and Economic Growth in Africa», *Brookings Papers on Economic Activity* 2, pp. 207-295.
- BATES, R. H. (1981), *Markets and States in Tropical Africa: The Political Basis of Agricultural Policies*, Berkeley, Cal., University of California Press.
- BAYART, J. F. (2000), «Africa in the World: A History of Extraversion», *African Affairs* 99, pp. 217-267.

- BERTHELEMY, J. C. y SODERLING, L. (2001), «The Role of Capital Accumulation, Adjustment and Structural Change for Economic Take-Off: Empirical Evidence from African Growth Episodes», *World Development* 29, 2, pp. 323-343.
- COLLIER, P. y GUNNING, W. (1999a), «Why Has Africa Grown Slowly?», *Journal of Economic Perspectives* 13, 3, pp. 3-22.
- (1999b), «Explaining African Economic Performance», *Journal of Economic Literature* 37, 1, pp. 64-111.
- COOPER, F. (2002), *Africa since 1940*, Cambridge, Cambridge University Press.
- CRAMER, C. (2006), *Civil War is Not a Stupid Thing. Accounting for Violence in Developing Countries*, Londres, Hurst.
- EASTERLY, W. y LEVINE, R. (1997), «Africa's Growth Tragedy: Policies and Ethnic Divisions», *Quarterly Journal of Economics* (noviembre), pp. 1.203-1.250.
- EASTERLY, W. (2001), *The Elusive Quest for Growth: Economists' Adventures and Misadventures in the Tropics*, Cambridge MA, MIT Press.
- FAURÉ, Y. A. (1989), «Côte d'Ivoire: Analysing the Crisis», en D. B. Cruise O'Brien y R. Rathbone (eds.), *Contemporary West African States*, Cambridge, Cambridge University Press.
- FREUND, B. (1998), *The Making of Contemporary Africa; The Development of African Society Since 1800*, Basingstoke, Palgrave.
- GAYLE, G. L. y FERGUSON, A. (1996), «Success in African social development: some positive indications», *Third World Quarterly* 17, 3, pp. 557-572.
- GUEST, R. (2004), *The Shackled Continent: Africa's Past, Present and Future*, Londres, MacMillan.
- HANCOCK, G. (1989), *Lords of Poverty*, Nueva York, The Atlantic Monthly Press.
- HAUSMANN, R., PRITCHETT, L. y RODRIK, D. (2004), «Growth Accelerations», *Journal of Economic Growth* 10, 4, pp.1.381-4.338.
- KAPLAN, R. (1996), «West has no cure for Africa's Ills», *The Observer* 2 (junio).
- KARSHENAS, M. (2001), «Agriculture and Economic Development in Africa and Asia», *Cambridge Journal of Economics* 25, pp. 315-342.
- KENNY, C. y WILLIAMS, D. (2001), «What Do We Know About Economic Growth? Or, Why Don't We Know Very Much?», *World Development* 29, 1, pp. 1-22.
- KHAN, M. (2005), «Markets, States and Democracy: Patron-Client Networks and the Case for Democracy in Developing Countries», *Democratization* 12, 5, pp. 704-724.
- LEYS, C. (1996), *The Rise and Fall of Development Theory*, Londres, James Currey.
- LINCOLN, D. (2006), «Beyond the plantation: Mauritius in the global division of labour», *Journal of Modern African Studies* 44, 1, pp. 59-78.
- MADDISON, A. (2006), *The World Economy: Historical Statistics*, París, OCDE. Base de datos actualizada en 2007 y disponible en los vínculos incluidos en este libro.
- MÉDARD, J.F. (2002), «Corruption in the Neo-Patrimonial States of Sub-Saharan Africa», en A. J. Heidenheimer y M. Johnston (eds.), *Political Corruption: Concepts and Contexts*, 3.^a ed., New Brunswick, NJ, Transaction Publishers.
- MILANOVIC, B. (2005), *Worlds Apart: Measuring International Inequality*, Princeton, Princeton University Press.

- MKANDAWIRE, T. (2001), «Thinking about developmental states in Africa», *Cambridge Journal of Economics* 25, pp. 289-313.
- NUGENT, P. (2004), *Africa Since Independence*, Basingstoke, Hampshire / Palgrave MacMillan.
- OWUSU, F. y SAMATAR, A. I. (1997), «Industrial Strategy and the African State: The Botswana Experience», *Canadian Journal of African Studies / Revue Canadienne des Études Africaines* 31, 2, pp. 268-299.
- PAAP, R., FRANSES, P. H. y VAN DIJK, D. (2005), «Does Africa grow slower than Asia, Latin America and the Middle East? Evidence from a new data-based classification method», *Journal of Development Economics* 77, pp. 553-570.
- PARKER, J. y RATHBONE, R. (2007), *African History: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press.
- PRICE, G. (2003), «Economic Growth in a Cross-Section of Nonindustrial Countries: Does Colonial Heritage Matter for Africa?», *Review of Development Economics*, 7, 3, pp. 478-495.
- RAPLEY, J. (1994), «The Ivoirian Bourgeoisie», en B. J. Berman y C. Leys (eds.) *African Capitalists in African Development*, Londres, Lynne Rienner.
- (2002), *Understanding Development: Theory and Practice in the Third World*, 2.^a ed., Londres, Lynne Rienner.
- RODRIK, D. (2004), «Rethinking Growth Policies in the Developing World», Luca d'Agliano lecture in Development Economics, Turín, 8 de octubre de 2004.
- (2005), *Why we Learn Nothing from Regressing Economic Growth on Policies*, <http://ksghome.harvard.edu/~drodrik/policy%20regressions.pdf>
- SENDER, J. (1999), «Africa's economic performance: Limitations of the current consensus», *Journal of Economic Perspectives* 13, 3, pp. 89-114.
- SENDER, J. y SMITH, S. (1986), *The Development of Capitalism in Africa*, Londres, Methuen.
- SACHS, J. (2005), *The End of Poverty: How we can make it happen in our lifetime*, Londres, Penguin Press.
- SUBRAMANIAN, A. y ROY, D. (2001), «Who Can Explain The Mauritian Miracle: Meade, Romer, Sachs, or Rodrik?», *IMF Staff Working Papers*, 01-116.
- VAN DE WALLE, N. (2001), *African Economies and the Politics of Permanent Crisis*, Cambridge, Cambridge University Press.
- WEEKS, J., CHISALA, V., DAGDEVIREN, H., GEDA, A., MCKINLEY, T., OYA, C. y SAAD-FILHO, A. (2006), *Economic Policies for Growth, Employment and Poverty Reduction. Case Study of Zambia*, Lusaka, PNUD.
- WORLD BANK (1981), *Accelerated Development in SSA: An Agenda for Action*, Washington DC.

Anexo estadístico

Cuadro A1. Crecimiento económico de posguerra 1950-2003: comparaciones por periodos, países y regiones (tasas de variación media anual)

País	1950-1973	1973-2003	1950-1978	1978-2003	1950-1960	1960-1970	1970-1980	1980-1990	1990-2000	2000-2003	1950-2003	CV por país
Angola	2,31	-2,40	-0,32	-0,39	1,75	3,44	-6,09	-1,02	-1,27	4,32	-0,36	147,39
Benin	-0,09	0,85	-0,24	1,21	-1,02	0,49	0,97	0,10	1,15	2,23	0,44	6,65
Botswana	5,09	4,94	5,30	4,67	1,44	4,75	10,03	6,28	2,55	4,85	5,00	1,08
Burkina Faso	1,90	1,01	1,62	1,14	2,50	2,02	-0,19	1,02	1,29	2,53	1,40	2,63
Burundi	1,88	-0,50	1,82	-0,91	2,09	1,97	1,11	1,55	-3,51	-1,27	0,53	8,46
Camerún	1,75	0,56	1,75	0,32	2,15	1,66	1,95	0,23	-1,21	3,08	1,08	3,48
Cabo Verde	0,71	4,48	0,83	5,10	1,21	1,99	3,06	3,82	3,67	4,42	2,84	3,85
Centro-África (República)	0,31	-1,61	0,26	-1,95	1,82	-0,38	-1,90	-1,36	-1,10	-3,99	-0,78	5,16
Chad	-0,41	0,65	-0,09	0,50	1,79	-1,04	-4,13	2,16	0,18	6,85	0,19	16,16
Comores (Islas)	2,01	-1,50	0,40	-0,40	2,40	3,48	-4,50	0,63	-1,65	-0,80	0,02	25,79
Congo (Rca.)- Brazzaville	2,19	0,04	1,50	0,38	1,67	1,81	3,15	0,24	-1,72	0,02	0,97	4,53
Costa de Marfil	2,61	-1,45	2,44	-2,06	1,88	3,78	1,33	-4,29	-0,08	-3,15	0,32	11,15
Djibouti	1,64	-2,21	0,50	-1,71	1,67	1,55	-2,20	-1,38	-2,72	0,65	-0,54	10,22
Guinea Ecuatorial	2,96	8,48	3,82	8,62	3,24	5,62	1,20	0,57	16,29	17,71	6,08	1,88
Etiopía (con Eritrea)	2,08	-0,19	1,52	-0,01	1,21	3,01	0,86	-1,14	0,46	-0,56	0,80	4,63
Gabón	3,71	-2,23	2,76	-2,35	2,97	3,38	1,44	-3,45	-2,21	-0,98	0,35	11,90
Gambia	2,15	-0,38	1,98	-0,69	1,72	1,97	1,67	-1,69	0,20	-0,18	0,72	6,97
Ghana	0,95	-0,09	0,41	0,31	2,06	0,33	-2,07	-0,85	1,78	2,30	0,36	10,03
Guinea	1,98	0,76	2,15	0,32	2,56	1,66	1,75	-0,46	0,83	1,64	1,29	1,90
Guinea Bissau	4,85	-1,22	4,12	-1,62	5,49	5,54	-1,45	0,55	-1,58	-3,58	1,41	4,39
Kenia	1,74	0,09	1,67	-0,16	1,09	2,32	1,38	0,61	-0,80	-1,08	0,81	4,85
Lesotho	3,35	2,62	3,88	1,88	2,54	2,77	5,09	1,61	2,33	4,13	2,94	2,07
Liberia	1,38	-1,02	0,56	-0,58	1,53	1,93	-2,49	-0,92	-0,69	2,49	0,02	32,22

País	1950-1973	1973-2003	1950-1978	1978-2003	1950-1960	1960-1970	1970-1980	1980-1990	1990-2000	2000-2003	1950-2003	CV por país
Madagascar	0,80	-1,86	0,20	-1,72	1,68	0,86	-1,50	-2,78	-1,24	-2,49	-0,70	6,34
Malawi	2,43	0,30	2,47	-0,17	1,96	1,31	3,59	-1,50	1,69	-1,87	1,23	3,72
Mali	1,02	1,96	1,46	1,65	1,53	0,91	2,26	0,22	1,77	5,12	1,55	3,05
Mauritania	3,19	0,37	2,62	0,45	2,97	5,28	-0,51	-0,90	1,01	1,98	1,59	3,32
Mauricio (Islas)	1,70	3,89	2,39	3,56	1,09	0,59	3,94	4,90	4,02	3,52	2,94	1,72
Mozambique	2,18	-0,37	0,31	1,22	1,58	2,72	-3,56	-0,91	2,03	6,86	0,74	6,17
Namibia	1,97	0,35	1,88	0,13	1,92	2,39	1,26	-1,82	1,47	1,26	1,05	3,26
Níger	0,24	-0,77	0,72	-1,50	2,10	0,98	-0,39	-4,02	-1,04	2,10	-0,33	31,88
Nigeria	2,66	-0,09	2,21	-0,14	1,26	3,33	1,78	-1,60	0,30	2,52	1,10	5,27
Reunión	2,78	0,89	2,00	1,39	1,18	4,36	0,63	2,02	0,17	2,36	1,71	1,97
Ruanda	1,00	0,90	1,48	0,34	1,82	0,88	2,84	-0,73	-0,77	3,16	0,94	7,07
São Tomé y Príncipe	2,18	-0,18	2,53	-1,04	0,56	5,07	3,33	-3,69	-1,25	1,57	0,85	6,47
Senegal	0,19	0,25	0,13	0,33	1,38	-0,07	-1,22	0,06	0,60	1,44	0,22	12,99
Seychelles	2,27	1,97	2,53	1,61	2,13	0,82	5,09	1,54	2,43	-2,95	2,10	2,24
Sierra Leona	2,19	-2,10	1,68	-2,38	2,65	2,77	-0,09	-0,85	-9,19	11,53	-0,24	466,84
Somalia	0,47	-0,98	0,98	-1,84	1,90	-1,15	-0,93	0,44	-2,27	0,53	-0,35	353,57
Sudáfrica	2,17	0,11	1,78	0,13	1,82	2,85	0,82	-1,33	0,35	2,67	1,00	2,23
Sudán	-0,22	1,11	1,07	-0,07	2,21	-1,42	0,48	-2,26	2,88	3,09	0,53	8,38
Suazilandia	4,96	0,66	4,39	0,44	2,59	7,78	1,64	0,16	0,77	1,50	2,53	2,07
Tanzania	1,46	0,10	1,37	-0,08	0,80	2,13	0,53	-0,84	-0,29	4,38	0,69	4,22
Togo	2,70	-1,80	2,44	-2,42	1,95	4,33	0,19	-3,15	-2,65	0,36	0,15	18,49
Uganda	0,87	0,05	0,08	0,76	0,37	1,98	-4,08	0,35	2,87	2,16	0,40	8,76
Zaire (RD Congo)	1,58	-4,51	0,32	4,32	2,72	0,27	-2,50	-1,60	-8,55	-0,83	-1,87	3,58
Zambia	2,06	-1,44	1,36	-1,36	3,73	1,12	-1,64	-1,17	-2,27	2,16	0,08	24,21
Zimbabue	3,11	-0,97	2,01	-0,56	2,91	3,13	0,10	0,46	-0,21	-7,20	0,80	5,71
Total 3 microestados africanos	2,06	0,37	1,75	0,38	2,82	0,28	1,39	1,05	0,08	0,81	1,10	2,00

País	1950-1973		1973-2003		1950-1978		1978-2003		1950-1960		1960-1970		1970-1980		1980-1990		1990-2000		2000-2003		1950-2003		CV por país		
Total África (incluye norte)	2,00	0,31	1,84	0,16	1,77	2,43	1,27	-0,60	0,17	1,66	1,05	-													
Total África Subsahariana (AS)	1,97	-0,28	1,54	-0,25	1,81	2,24	0,35	-1,13	-0,07	1,59	0,69	2,90													
AS: media no ponderada	1,94	0,16	1,65	0,13	1,95	2,19	0,48	-0,31	0,10	1,78	0,93	10,23													
AS: mediana	2,01	0,05	1,67	-0,01	1,88	1,98	0,82	-0,73	0,17	1,98	0,80	4,39													
AS: media ponderada (población)	1,77	-0,40	1,38	-0,40	1,69	2,00	0,12	-1,02	-0,40	1,60	0,54	-													
AS: Volatilidad por período	0,63	13,09	0,76	16,17	0,49	0,87	5,90	6,68	34,80	2,20	1,46	-													
Total América Latina	2,56	0,83	2,52	0,53	2,23	2,43	3,10	-0,70	1,50	-0,61	1,58	-													
16 países Asia (Meridional- Oriental)	3,71	3,48	3,50	3,67	3,62	3,94	2,73	3,71	3,34	5,50	3,58	-													
Mundo	2,87	1,55	2,65	1,54	2,72	2,98	1,91	1,33	1,60	2,45	2,12	-													

Fuente: elaboración propia a partir de datos de Maddison (2006).

Cuadro A2. Crecimiento económico histórico de largo plazo: África y el resto del mundo en la *longue durée* (tasas de variación)

	1-1000	1000-1500	1500-1700	1700-1820	1820-1870	1870-1913	1913-1950	1950-2003
África (con norte de África)	-0,01	-0,01	0,01	0,00	0,35	0,56	0,90	1,05
África Subsahariana (AS)	0,02	-0,02	0,00	-0,04	0,23	0,44	1,03	0,69
Europa Occidental (12 países) – núcleo capitalista histórico	-0,03	0,13	0,13	0,16	1,04	1,32	0,83	2,66
Norteamérica y Oceanía capitalistas	0,00	0,00	0,09	0,77	1,40	1,79	1,55	2,09
América Latina	0,00	0,01	0,12	0,23	-0,04	1,84	1,39	1,58
Asia Meridional y Oriental (16 países, incl. China e India)	-	-	-	-	-0,11	0,49	-0,05	3,58
Mundo	0,00	0,05	0,04	0,07	0,54	1,30	0,88	2,12

Fuente: elaboración propia a partir de datos de Maddison (2006).